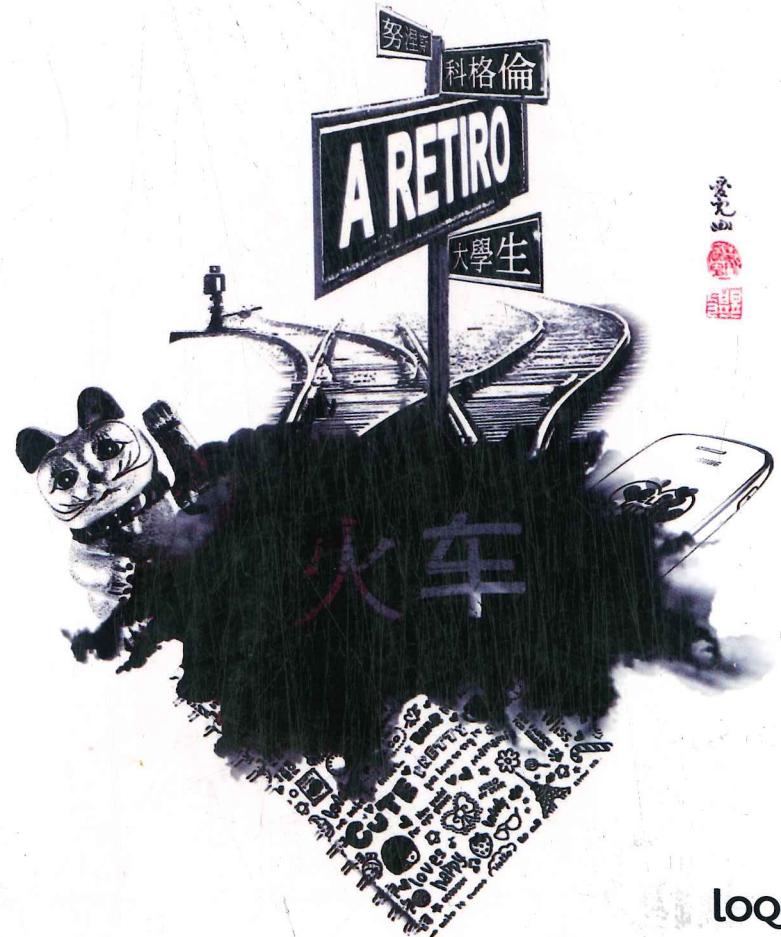


Martín Blasco 和 Andrea Ferrari

Quizás en el tren



loqueleg

Martín Blasco nació en Buenos Aires, cursó el secundario en el Normal N° 1 y en el Instituto Vocacional de Arte Labardén, para luego estudiar dirección y guion de cine. Trabajó como guionista y productor en diferentes programas de televisión en Canal 13, Telefe, Canal 9, Canal 7 y la señal educativa Encuentro.

Su primer libro fue *Maxi Marote*, después vinieron *Cinco problemas para don Caracol*, *El misterio de la fuente*, *Vidas piratas*, *Las monedas mágicas*, *XVZ: archivos ultrasecretos*, *XVZ: plan de conquista mundial* y las novelas juveniles *Todas las tardes de sol*, *El bastón de plata* y *La oscuridad de los colores*.

Los extrañamientos y *En la línea recta* fueron ganadores del premio The White Ravens, Internationale Jugendbibliothek de Munich, en 2014 y 2008.

Andrea Ferrari nació en Buenos Aires. Es periodista y escritora. Trabajó durante más de veinte años en medios gráficos argentinos hasta que se volcó hacia la literatura infantil y juvenil.

En 2003 obtuvo el Premio Barco de Vapor de España con su novela *El complot de Las Flores* y en 2007, el Premio Jaén Narrativa Juvenil con *El camino de Sherlock*, primera parte de la serie "El nuevo Sherlock".

Sus libros *El hombre que quería recordar* y *Los chimpancés miran a los ojos* fueron incluidos en 2006 y 2015 en la lista White Ravens, Internationale Jugendbibliothek de Munich. Recientemente publicó la trilogía policial "Sol de noche", conformada por *La velocidad de la música*, *Las marcas de la mentira* y *El ruido del éxito*.



www.loqueleo.santillana.com

© 2018, MARTÍN BLASCO

© 2018, ANDREA FERRARI

© De esta edición:

2018, EDICIONES SANTILLANA S. A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5505-3

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: febrero de 2018.

Cuarta reimpresión: junio de 2023

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE

Ilustración de cubierta: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Dirección de arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Blasco, Martín

Quizás en el tren / Martín Blasco ; Andrea Ferrari ; ilustrado por Eva Domínguez.

- 1a ed. 4a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2023.

144 p. : il. ; 22 x 14 cm.

ISBN 978-950-46-5505-3

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina.

I. Ferrari, Andrea. II. Domínguez, Eva, ilus. III. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA CUARTA REIMPRESIÓN DE 1.200 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE JUNIO DE 2023 EN GRÁFICA PINTER, TABORDA 48 (CP 1437), CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Martín Blasco 和 Andrea Ferrari

Quizás en el tren

loqueleg

Alma

Se despierta asustada en medio de la noche sin saber por qué. Quizá fue un ruido en la calle, un camión, un estallido lejano. O un sueño. Sentada en la cama, Alma escucha. Nada: un silencio absoluto parece envolver la casa, un silencio que más que calmarla aumenta su inquietud. Tantea en la mesa de luz en busca del celular y enciende la pantalla. No hay mensajes. Son las cuatro y media, tiene que dormir. Pero en las dos horas siguientes entra y sale de un sueño liviano y agitado. Cuando suena la alarma no sabe si es que no durmió o si soñó que no dormía.

Su madre ya está en la cocina preparando el té.

—Hay comida de ayer para que te lleves.

Alma niega con la cabeza mientras saca la mermelada de la heladera. Ya hace años que no quiere llevar ese arroz salteado que da olor al calentarlo y hace que todos la miren y frunzan la nariz. Prefiere comer un sándwich como cualquier otro, pero su madre finge ignorarlo.

Las dos se sientan en la mesa con el té y las galletas. Comen en silencio.

—¿Vas al negocio? —pregunta al fin Alma, solo por decir algo.

—No, hoy abre tu primo.

Ella asiente. Ya nadie menciona el incidente que tuvo con Quiang: es como si nunca hubiera sucedido. No es realmente su primo, sino el hijo de un amigo de la infancia de su padre, a quien él siempre vio como familia. Su llegada, un año atrás, pareció ser una buena noticia: venía a trabajar en el negocio y eso aflojaba la presión sobre Alma y su hermana. Pero enseguida algo empezó a incomodarla, algo en la manera en que Quiang fue sumando poder a fuerza de sonrisas, persistencia y una aparente sumisión a su padre. También en la forma en que la mira, o quizás en que los mira a todos, como si algo de ese poder conquistado se extendiera sobre toda la familia. Y después vino el incidente que ha sido silenciado. Alma se levanta.

—Me voy. Hoy tengo gimnasia, vengo tarde.

Las obras en la calle Arribeños hacen que sea difícil caminar. Pero ella la conoce de memoria, puede recorrerla con los ojos cerrados. A veces lo hace, como un juego para probarse. Dieciséis pasos hasta la pescadería. Avanza despacio contando en su cabeza... trece, catorce, quince y exactamente en el dieciséis la nube olorosa la invade. Por un instante su mirada se cruza con la de la encargada, que está recibiendo mercadería y le sonríe. Cuatro pasos más y está la vidriera donde una docena de metálicos gatos amarillos saludan con sus brazos móviles

hacia atrás y adelante, adelante y atrás, un movimiento hipnótico que si mira mucho tiempo tiende a provocarle náuseas. Luego viene la herboristería en que un cartel proclama: "¡Las semillas curan!".

Son estas distracciones las que impiden que vea a la mujer que avanza hacia ella y cuando lo hace ya es demasiado tarde para meterse en un negocio o cruzar la calle. La mujer se detiene.

—¡Jiang Li!

Alma se esfuerza a sonreír. Odia que usen su nombre chino fuera de su casa.

—Buen día, profesora —dice en chino.

—No te vi en las últimas clases, ¿qué pasó?

—Estuve enferma.

Es mentira y Alma sabe que la profesora sabe. O al menos que lo intuye: es evidente por la forma en que sus cejas se alzan y un rictus de desconfianza curva sus labios.

—No hay que descuidar las clases.

Ella asiente. Piensa que debería decir algo, pero no se le ocurre qué.

—El estudio es importante —insiste la mujer—. Lo más importante.

Alma considera qué pasaría si le dijera que en realidad no tiene intenciones de volver a la escuela de los sábados, pero concluye que no le conviene.

—Claro —vuelve a sonreír—. Disculpe, pero estoy apurada.

La profesora inclina levemente la cabeza y Alma se aleja rápido. Pasa junto al enorme arco con serpientes y

leones de piedra que marca la entrada al barrio: es una construcción imponente, pero ella la vio tantas veces que ya no la ve. Cuando llega a la estación saca de la mochila su tarjeta electrónica, la pasa por el lector y empuja el molinete.

Faltan cuatro minutos para el tren de las 7.15 y el andén está lleno. Como siempre, hay caras conocidas. La señora Wu, dueña de uno de los supermercados del barrio, con su hija Tian, que debe tener unos tres años. Nació poco después de que los Wu llegaran al país, cuando todavía no hablaban una palabra de castellano, y el nombre local, Lionela, se lo eligió el chico boliviano que atiende la verdulería. Que resultó ser un fanático de Messi. Alma piensa que alguien tendría que haberle dicho que era un nombre raro para una nena, pero es tarde para eso.

La saluda con un movimiento casi imperceptible y sigue caminando. Hay otras personas a las que suele ver en la estación, esas dos chicas con mochilas, el pibe con auriculares que escucha música muy fuerte. También está el ciego que pide limosna en el tren. Es una figura inquietante: la gente lo observa tantear el suelo con su bastón blanco y en sus caras se ve el temor de que se acerque demasiado a las vías, de que caiga al foso. Siempre hay alguno que le habla o le ofrece un brazo. Por momentos Alma tiene la sensación de que en realidad la ceguera es falsa. Sus pasos le parecen demasiado exactos, su orientación demasiado buena. Sospecha y se siente culpable por sospechar.

Camina unos metros más para alejarse del ciego y se deja caer en un banco casi al final del andén. Hace mucho calor. Se quita la camisa y la guarda en la mochila. Abajo tiene una musculosa negra algo escotada que su madre no aprueba.

Debería repasar Física, tiene examen y estudió poco. Pero no lo hace. Saca en cambio el celular y vuelve a confirmar que no hay mensajes. Luego revisa los que mandó el día anterior. El que le envió a él salió normalmente y aparece como leído. Se dice que quizá todavía conteste, aunque en el fondo intuye que no va a suceder.

Se prometió que no iba a hacerlo más, pero no puede resistirse y vuelve a mirar las fotos. Son cuatro: en la primera Matías está solo, se la sacó ella un día que tomaban un café sentados en una vereda. En las otras tres aparecen juntos. Hay dos donde se los ve con las caras bien pegadas, el brazo de ella extendido para sacar la foto, la risa abierta. En la última él había girado la cabeza súbitamente para darle un beso y en los labios de ella se dibuja una sorprendida sonrisa.

Las ha mirado cien veces. O mil. O un millón, imposible saberlo. Eso es todo lo que le queda.

El tren ya está entrando a la estación. Le cuesta pararse. Quizá sea el calor, las fotos de Matías, la falta de respuesta a su mensaje o un poco de todo eso lo que provoca esta ola de nostalgia y pesar que la invade y vuelve sus movimientos lentos. Entra última al vagón y la puerta se cierra a su espalda.

Jorge

Jorge se considera a sí mismo un juez de personas. Desde su punto de vista, esa es la definición más precisa de lo que hace. Claro que, si alguien le pregunta a qué se dedica, no puede responder eso. Suele decir que es un “trabajador independiente”, lo cual es cierto, o que está en un período de transición entre un trabajo y otro, que es cierto también. ¿No estamos todos, en cierta manera, en transición entre un trabajo y otro?

Pero la realidad es que Jorge no piensa cambiar de profesión. Ha encontrado algo para lo que es bueno. Y cuando se tiene un don, es difícil darle la espalda.

Esa mañana empieza para Jorge de la misma manera que tantas otras, en el baño de un bar. Es su rutina. Siempre bares distintos, cercanos a la zona en la que va a trabajar.

Entra con confianza. Saluda al hombre detrás de la barra, con un movimiento de cabeza. Presumen de inmediato que es un cliente habitual. A paso firme se dirige al baño. Tomó la costumbre en una época en que no le quedaba otra. Vivía con una chica que no sabía a qué se

dedicaba, y de saberlo, no le hubiese gustado. Cuando se conocieron él le había dicho que era profesor de gimnasia. Le había parecido una mentira creíble, le gustaba el deporte y se mantenía en forma. Pero para trabajar había preferido moverse de traje y corbata. Y un profesor de gimnasia que todos los días sale a trabajar de traje y corbata no tiene mucho sentido. Así que salía con un jogging, canguro, zapatillas y, en el bolsito de gimnasia, cargaba el pantalón, el saco, la corbata, la camisa y los zapatos.

Después la chica se fue. Se cansó de él. O eso pensaba Jorge, no sabía bien. Quizás nunca le creyó nada de lo que decía. Tampoco importaba. "El que quiere se queda y el que quiere se va". Esa era su filosofía, para todo.

Es muy importante elegir bien el bar. De ser posible bares grandes, con mucho movimiento. En el baño se toma todo el tiempo del mundo en cambiarse. Tener buena presencia es fundamental en su trabajo. Cuida que el pantalón y la camisa estén limpios y planchados, los zapatos brillosos, el nudo de la corbata perfecto. Para el pelo le gusta ponerse un poco de gel y peinarse con raya al costado. Cuando está listo, se queda un buen rato mirando su reflejo. Es su parte favorita del día. Se ve muy bien. El traje le queda calzado, le favorece. Parece un empresario o algún tipo de profesional, quizás un arquitecto. Una vez había intentado sumar un par de anteojos, porque consideraba que le daban un aspecto respetable. Pero tenía una vista excelente y terminaron siendo una molestia.

¿Y por qué traje y corbata? Podría haber usado también la ropa de profesor de gimnasia, la gente confía en los deportistas. Pero, para Jorge, ir de traje era tomarse las cosas lo más en serio posible. Un juez debe ponerse por encima de aquellos a los que va a juzgar. No debe dejar que sus sentimientos o simpatías lo influyan. El traje tiene que ver con eso, con proyectar una imagen de imparcialidad; su aspecto debe ser prolijo y frío, él no es de aquí ni de allá, no está a favor ni en contra de nadie, no busca dañar a nadie, no hay sentimientos, ninguna intención de mal ni de desprecio. Jorge es un juez: debe elegir a una persona y luego actuar en consecuencia. Es algo inevitable.

Cuando sale del baño del bar es otro. El que entró era un muchacho de remera y jogging, de unos treinta años. El que sale es un ejecutivo. La mayoría de las veces, ni los mozos que lo vieron entrar asocian que se trata de la misma persona. Para cuando el ejecutivo sale, se han olvidado del chico que entró. Por eso es bueno elegir bares con mucho movimiento de personas. Si el mozo le echa una mirada de desconfianza, si nota cualquier movimiento sospechoso a su alrededor, cambia sus planes, pide un café y se sienta en una mesa. Demuestra que no tiene nada que ocultar. Si sigue sintiéndose en la mira, puede llegar a no trabajar ese día y quedarse en el bar el tiempo que haga falta. Hace mucho que aprendió que, para que todo salga bien, lo más importante es cuidar los detalles. Si algo puede salir mal, va a salir mal y todo eso. Ahora que la chica ya no vive con él, podría salir vestido de traje y

corbata directo de su casa, pero piensa que sería un error. Si alguna vez lo buscan, van a buscar a un hombre de traje y corbata. Por su barrio prefiere seguir siendo un profesor de gimnasia.

La mayoría de las veces no tiene de qué preocuparse. Sale del baño, camina con paso firme hacia la puerta, y deja el bar. El extraordinario poder de la seguridad. Si se está seguro, se puede ir por el mundo sin límites. Actuar con seguridad es la clave. Y él lo sabe hacer muy bien.

Una vez le contaron una graciosa anécdota laboral: cómo habían robado una cámara de un canal de televisión, en pleno día, saliendo por la puerta principal. Habían entrado al canal sin dar explicaciones, gracias a la magia de transmitir seguridad. Hablaban entre ellos como si vinieran de almorzar. El guardia que estaba en la puerta dudó por unos segundos, ellos lo miraron con desprecio, dieron a entender lo apurados que estaban y saludaron con la mano a alguien dentro del canal. Lo más gracioso es que esa persona les devolvió el saludo. "¿Cómo va? ¿Todo bien?", les gritó. Por supuesto no tenía ni idea de quiénes eran, pero lo habían saludado con tanta seguridad, que no quiso ser menos. El guardia volvió a su comfortable silla.

Una vez adentro, recorrieron el canal sin ningún plan, se cruzaron con un par de estrellas y con el conductor del noticiero. Llegaron a un estudio completamente vacío, agarraron una cámara, un par de cosas más, y con la misma facilidad con que entraron, salieron. Incluso le

hicieron un chiste al guardia sobre el partido de fútbol que estaba escuchando en la radio.

Eso había sido unos años atrás, pero la moraleja seguía vigente: actuando con seguridad todo se puede.

Jorge camina las cuadras que lo separan de la estación de tren con la mayor tranquilidad. Le encanta ver pasar a las chicas que salen para las oficinas, todas arregladas. Nunca les dice nada, le parecen de pésimo gusto los piropos. A lo sumo intercambia miradas con alguna. Si una chica le gusta, la mira fijo a los ojos, nunca a otra parte del cuerpo. A veces la chica en cuestión devuelve la mirada y se da una de esas breves competencias; en otras no, pero no tiene la menor importancia. Jorge lo hace para divertirse. Al igual que ellas, tiene que trabajar.

Entra a la estación. Un tren acaba de detenerse, pero decide no correrlo. Mejor esperar el siguiente. Da unos pasos por el andén, busca la mejor ubicación. Es un hermoso día. Piensa si no debería comprar anteojos de sol, le quedarían espectaculares, pero podrían darle un aspecto sospechoso.

El siguiente tren es perfecto. La cantidad justa de gente. Las puertas se abren. El show va a comenzar.

Alma

El tipo junto al que estaba parada se baja en la estación siguiente y Alma consigue asiento, algo que nunca le sucede en ese horario. Un golpe de suerte, se dice, y quiere creer que es solo el primero del día, que es un signo de que las cosas van a salir bien. Saca el celular de la mochila y, después de volver a chequear que no hay mensajes, le conecta un par de auriculares y se dispone a escuchar música. Acaba de terminar el primer tema cuando el sonido de un mensaje entrante le provoca una puntada en el estómago. Mira ansiosa la pantalla, pero no es de él, sino de Celeste, su hermana.

“El viernes nos juntamos a comer en casa con amigos y después vamos al karaoke. ¿Venís? Dale, Meimei”.

Alma sonríe. Meimei y Jiejie: hermana menor y hermana mayor. Así solían llamarlas antes sus padres y aún a veces lo hacen. Son casi las únicas palabras chinas que ellas dos siguen usando cuando están solas, palabras cargadas de afecto. Alma sabe que Celeste está preocupada por ella y lo aprecia, pero no soporta el karaoke. Contesta enseguida.

“Bueno, voy para la comida, Jiejie, después no creo. Besos.”.

Fue en el casamiento de Celeste donde lo conoció a Matías. Era, probablemente, uno de los que más desentonaba en ese lugar. Su hermana había abrazado el paquete chino completo. Novio de la comunidad —cuatro años de relación, desde el secundario— y una boda con todos los detalles típicos: la producción de fotos en estudio con la pareja disfrazada de príncipes, los sobres rojos con dinero, los corazones formados por globos, la organizadora china y una multitud de invitados de sus padres. El único detalle que escapaba al esquema era la banda en vivo elegida por Oscar, el novio de Celeste. Matías era el bajista. Pelo rubio largo, barba, ojos oscuros, ropa negra.

Habían hablado junto a la mesa de postres, después de la actuación del grupo. Él parecía buscar algo y se volvió hacia Alma, que comía una porción de torta.

—Necesito... un... pla... to —dijo vocalizando exageradamente mientras hacía un gesto circular con sus manos.

Alma se rio.

—Los platos están en aquella mesa. Y no hacen falta los gestos, te entiendo muy bien.

—Ah, qué alivio —él sonrió—, es que antes hablé con alguien que no cazaba una. ¿Sos pariente, invitada...?

—Hermana de la novia.

—¿Y cuántos años tenés?

—Diecisiete, ¿por?

—No, nada, te daba más —Alma sintió el examen de su mirada, que pasaba por el vestido rojo ceñido, el larguísimo pelo negro, los ojos muy maquillados—. Aunque nunca sé decir con ustedes...

—¿Ustedes?

Él sonrió incómodo.

—Quiero decir, es difícil adivinar la edad de los orientales... ¿Estoy diciendo una boludez, no?

—Sí —Alma se rio—. Pero es una boludez bastante común.

—Bueno, tengo suerte. Una china linda, que habla bien castellano y tiene sentido del humor. ¿Vamos a bailar?

—Dale. Y no soy china, nací en Argentina.

Así había empezado. Bailaron solo dos temas, porque después la banda decidió irse y Matías se fue con ellos. Antes le pidió el teléfono.

El tren está llegando a Retiro, la terminal. Alma guarda el celular en la mochila mientras se para. Toda la gente parece súbitamente ansiosa por bajar y la corriente la empuja hacia la puerta. Tambalea. Se agarra de una manivela, mientras la mochila, cargada en su hombro derecho, se desliza por su brazo. La vuelve a acomodar y piensa que quizá debería sentarse. Está mareada. Pero alguien la empuja otra vez. Gira enojada, con la intención de protestar y ve a un tipo alto, con saco y corbata, el pelo achataado con gel. Es evidente que está apurado por salir. Alma no llega a decirle nada porque las puertas ya se abrieron y la masa que se desborda hacia afuera la arrastra. Da unos

pasos tambaleantes en el andén y se acomoda la mochila. En ese instante ve que el bolsillo está abierto y el celular ha desaparecido.

El celular donde tiene todo, su vida entera. Y las fotos de Matías. Eso, en el fondo, es lo único que le importa. Empieza a sentirse descompuesta. Piensa que quizá se cayó en la salida e intenta volver a entrar por la fuerza al vagón, provocando la irritación de los que aún están saliendo. Al fin lo logra, pero no hay nada en el suelo. Sale nuevamente y mira desesperada a todos lados: quizá alguien lo recogió. Observa a la gente que se aleja: ahí está el ciego, el chico de los auriculares. Y también el tipo de pelo engominado que la empujó. Piensa: es él. Empieza a correrlo, con la mochila flameando en su brazo. En ese momento el tipo se vuelve y sus miradas se encuentran.

Dura solo unos segundos.

Jorge

Las puertas del tren se abren y para Jorge es como entrar despierto a la tierra de los dormidos. La mayoría, por no decir todos, viajan con la cabeza en cualquier lado. Piensan en lo que el día va a traerles. Lo que les espera en la oficina, o en la universidad, o en el regreso a casa. Con las miradas perdidas, mantienen conversaciones imaginarias con sus parejas, sus jefes o sus padres, dejan escapar su imaginación por las ventanas del tren mientras sus cuerpos quietos son trasladados desde un punto de la ciudad hacia otro. Quizás esa es la razón por la que la gente va tan distraída mientras viaja: hay una contradicción, sus cuerpos cruzan la ciudad sin moverse, y para compensar ese hecho extraño, la mente se mueve por todo lo que no se mueve el cuerpo, corre de aquí para allá, de un pensamiento a otro. O quizás sea que hay que matar el tiempo. No importa la causa, ahí está la clave de todo. Ellos están distraídos y él no. Ellos están lejos, él está aquí y ahora. Él no está viajando. No tomó el tren para ir a ningún lado. Puede subir y bajar en cualquier estación. Es al vagón a donde va, ese es su lugar de traba-

jo. Y puede ver con tranquilidad cada uno de los rostros que lo acompañan en ese vagón. Y elegir. Eso es lo importante. Elegir a la persona correcta.

Cuando recién se estaba iniciando en su profesión, solía elegir al que le caía peor. Luego se dio cuenta de que era un error. Él no es un justiciero, es un juez, que es algo muy distinto. No debe sacar conclusiones, no debe pensar si son buenas o malas, si se lo merecen o no. Debe elegir a la persona correcta, nada más.

A veces es un hombre; a veces, una mujer. A veces, joven; a veces, mayor. Suele estar sola, pero también puede darse el caso de que viaje acompañada o forme parte de un grupo. Si la persona es la correcta, todo lo demás puede ser.

¿Y cómo elegir a la correcta? Lo importante es el nivel de distracción. Mientras más distraído, mejor. Los que se dejan llevar por el movimiento del tren y se pierden en sus pensamientos, los que hablan solos, los que sonríen a la nada, los que no están atentos. Por eso Jorge se siente como despierto en el reino de los dormidos. Y la persona que busca es la más dormida de todas.

A Jorge en general le caen bien las personas a las que les roba. Son los de las carteras abiertas, los que van escuchando música, los que tienen la cabeza en otro lado; los enamorados, los artistas, los soñadores. En un mundo paralelo, podrían ser sus amigos. ¡Si él es como ellos! Con frecuencia pierde plata sin saber cómo, billetes en un pantalón puesto a lavar u olvidados en el último cajón del escritorio. ¡Él también es distraído! Pero no cuando está

trabajando. Entonces pone toda su atención, es la única forma de que las cosas salgan bien.

Jorge recorre el vagón. Encuentra varios candidatos. Aquí un señor mayor medio dormido, allá una señora que debe venir de pelearse con alguien porque no deja de murmurar palabras y gestos de enojo mientras la cartera cuelga indolente de su hombro. Y hay también una chinita, que saca un celular de los buenos, último modelo, y lo toma sin ningún cuidado. ¡Se ve tan frágil la Chinita! Como uno de esos juncos que se mueven con el viento en las orillas de los arroyos. Señores y señoras, el juez ha tomado una decisión. No fue fácil, pero no hay duda: la Chinita es la elegida. Jorge se acerca. De a poco, sin movimientos bruscos, hasta terminar parado frente a ella. La Chinita sigue con la mirada perdida en el celular. Están por llegar a la terminal: mejor imposible. Un mundo de gente por bajar, la Chinita que se para y mete el celular en la mochila sin ningún cuidado.

El resto es fácil. Justo mientras bajan, un empujoncito, meter rápido la mano, sacar el celular, guardarlo en el bolsillo y listo, no hace falta correr, Jorge camina derecho a la salida, ella va a quedarse, va a buscar una explicación y eso le dará la ventaja para estar fuera de la estación y desaparecer.

Justo cuando está por salir, se da vuelta y la mira. No siempre lo hace. Es que la Chinita le cayó especialmente bien.

Pobre carita desesperada. Un gesto que Jorge ha visto infinidad de veces en todo tipo de rostros, de hombres, de

mujeres, de jóvenes y viejos. La misma cara, una mezcla de sorpresa, enojo y tristeza. Primero, la sorpresa. Revisar los bolsillos, sacar el contenido de la cartera, mirar hacia atrás, buscar en el piso, mientras los ojos se van abriendo y la boca se retuerce y surge una expresión que quiere decir "esto no me puede estar pasando". Y la Chinita se vuelve loca de desesperación, Jorge puede ver cómo le tiemblan las pupilas en sus bellos ojos rasgados. Hace el amague de volver al tren, como todos, se aferra a la ilusión. ¡Seguro que lo voy a encontrar! ¡Seguro que alguien lo ve tirado y me lo devuelve! No, Chinita, tu celular no está más ahí, pero no pongas esa cara, piensa Jorge mientras se aleja, es solo un celular, un aparatito que manda señales al espacio y recibe otras, mañana vas a tener uno nuevo, igual lo ibas a cambiar tarde o temprano, estas cosas no duran nada, y se da vuelta y su mirada se cruza con la de ella y si Jorge sonríe no es por maldad. No se está burlando. Trata, con su mirada, de tranquilizarla.

Tranquila, Chinita. No es para tanto. Es solo es un celular.

Alma

El tipo se ha perdido en la multitud. Pero antes la miró, está segura, y por su cara pasó, fugaz, algo parecido a una sonrisa. ¿O se la imaginó? Alma camina, pero no sabe a dónde va. La desesperación es una película invisible que la envuelve, le anula la voluntad, la apaga. ¿Qué tiene que hacer? ¿Gritar? ¿Llamar a la policía? ¿Volver a casa? No hace ninguna de esas cosas: sigue caminando por la estación, esperando verlo otra vez. Se aferra a la idea de que todavía algo puede pasar, de que si se para frente a él quizá el tipo se conmueva y le devuelva el celular. En el fondo sabe que es una fantasía estúpida, pero no lo quiere saber.

De pronto ve a un policía con chaleco naranja que está conversando con un vendedor de flores. Se le acerca y le explica todo: que le robaron el celular, que fue al salir del tren, que era un tipo con traje y pelo engominado. Se da cuenta de que la voz le está saliendo quebrada, demasiado cerca del llanto. Tose para aclarar la garganta y agrega con voz más firme:

—Era alto. La corbata azul, el saco gris claro.

No sabe bien qué espera. Quizá que el policía saque su radio, que se comunique con otros y dé aviso del robo, que aún puedan detenerlo. Por supuesto, nada de eso sucede. El policía asiente con poco interés y le dice que si quiere hacer la denuncia tiene que ir a la comisaría. Le da la dirección.

Alma sale de la estación y camina hacia el colegio. No es realmente una decisión, sino el lugar al que la llevan sus piernas acostumbradas.

Se olvida de la prueba de Física hasta el instante en que la profesora entra y ordena que saquen una hoja. Sabe que no podrá concentrarse. Escribe su nombre arriba, a la derecha, y luego queda congelada. Micaela se da cuenta y acerca su hoja para que pueda copiarse. Entre lo que ve allí y lo que alcanza a recordar termina por entregar algo con lo que quizás arañe el seis. Pero aún si es un aplazo no le importa demasiado: nada le importa.

En el recreo le cuenta todo a Micaela, que la mira con obvia inquietud.

—Sí, es un bajón —dice—. Pero tampoco te lo tomes así. A todo el mundo le robaron alguna vez. Yo tengo un celular viejo en casa, te lo puedo prestar hasta que consigas uno.

—No, no es eso —murmura—, yo también tengo uno viejo. Es otra cosa.

Y le explica lo de las fotos, las cuatro fotos de Matías, lo único que le queda de esa relación. Sabe lo que Micaela piensa y lo vuelve a ver en sus ojos, en esa mezcla de pena

y preocupación. También sabe lo que va a decirle antes de oírlo: que se tiene que olvidar de una vez por todas de Matías, que eso no va más. Pero no puede, no quiere olvidarse.

Decide no ir a gimnasia. La sola idea se le hace insoportable. Correr diez minutos alrededor del patio, intentar el saque de vóley que siempre le sale mal, soportar la mirada agria de la profesora sobre ella. Hoy no tiene fuerzas para eso. Además, necesita fijarse en su computadora si llegó algún mensaje, pasaron más de cuatro horas desde la última vez que chequeó. Y también hacer los trámites del teléfono: denunciar el robo, conseguir un nuevo chip. Poder recibir todo tipo de mensajes otra vez.

Ruega que sus padres no estén en casa y al menos eso le sale bien. Pero le gustaría que estuviera Celeste. Desde que se fue, la casa no es igual. Hay un vacío demasiado evidente, como si se hubiera perdido la alegría que suele acompañar a su hermana. Y la distancia con sus padres, que venía creciendo en el último tiempo, se ha vuelto irremontable después de lo de Quiang. Alma piensa que es como si un terremoto hubiera abierto la tierra en dos, dejándolos a ellos del otro lado, tan lejos que ya no pueden oírse.

De solo pensar en Quiang la indignación vuelve a subirle a la garganta. Todo es culpa de él, se dice, lo de Matías, lo de sus padres, incluso el robo del celular. Sí, incluso eso, porque si no hubiera estado tan distraída...

Fue en la tercera salida con Matías. Las cosas con él habían sido intensas desde el primer encuentro, una semana después del casamiento. Le alcanzó una hora en un bar para saber que le gustaba mucho, muchísimo, que nunca nadie le había gustado así. Salieron una segunda vez el jueves y nuevamente el sábado, cuando fueron a un boliche a ver a una banda amiga de él. Tomaron, bailaron, se rieron mucho y se hizo tardísimo: vieron el amanecer. Después Matías la llevó a su casa en auto, un Fiat viejo y despintado que parecía a punto de desarmarse pero aún funcionaba. La despedida se volvió fogosa. La camisa de Alma tenía tres botones desabrochados cuando el primer golpe en el vidrio los paralizó. Ella pensó que era la policía, pero antes de poder reaccionar la puerta de su lado se abrió y un brazo la arrastró hacia afuera. El brazo de Quiang. De Quiang convertido en un loco que gritaba, que la sacudía mientras decía –en chino, porque su español nunca había evolucionado más allá de las palabras básicas usadas para vender– qué estaba haciendo, quién era ese, por qué daba espectáculos en la calle. Mientras ella intentaba zafarse y abotonar su camisa, Matías bajó del auto y lo encaró: recibió una trompada en medio de la cara que lo hizo perder pie, caer hacia atrás e impactar contra el auto antes de quedar tirado en la calle en medio de los alaridos de Alma, que había empezado a lanzar golpes contra el pecho de Quiang mientras gritaba –en castellano– pelotudo, pelotudo, pelotudo.

El escándalo siguió en su casa, a donde subió hecha

una furia, gritando y golpeando puertas hasta despertar a sus padres. Quiang iba tras ella, sumiso otra vez: la cabeza inclinada, los labios pidiendo perdón. Frente a sus padres Alma lo acusó: era un loco, les dijo, un violento, un enfermo, tenían que echarlo.

El primer golpe fue darse cuenta de que ellos no reaccionaban. En bata, con el pelo desordenado y las cejas fruncidas, solo la miraban. Y cuando finalmente hablaron no fue para increpar a Quiang sino para preguntar quién era el chico, cómo no les había dicho nada de él, por qué había vuelto tan tarde.

En las horas siguientes, la palabra sería *comprensión*. Sí, admitiría su madre con tono suave, Quiang había actuado mal, pero tenía que comprender que era porque estaba inquieto, porque la protegía, porque la quería. Claro, diría el padre, tenía que comprenderlo: ella había llegado muy tarde y todos estaban preocupados.

Lo que Alma comprendió fue otra cosa y le asombró no haberse dado cuenta antes. Que Quiang, que era seis años mayor que ella, que tenía un título en Administración de Empresas de la Universidad de Shanghái, que era casi de la familia, no había venido de China solo para ayudar en el negocio. Que los planes eran más amplios y la involucraban. Que era un paquete bien cerrado y atado con un lazo que empezaba a ahogarla.

Y luego Matías se borró.

En su bandeja de entrada no hay más que spam. Apaga la computadora y va a la cocina a prepararse

algo. Termina calentando el arroz de la noche anterior, porque no encuentra otra cosa. Mientras lo come llama para denunciar el robo de su teléfono. Después busca el celular viejo, que anda mal y suele quedarse sin batería a mitad del día, pero que al menos le permitirá ver mensajes y mails.

Está a punto de salir hacia la telefónica cuando entra su padre. Evidentemente ve algo en su cara porque le pregunta si está bien.

—Me robaron el celular en el tren.

No espera nada especial: su padre no es dado a los abrazos, besos ni otro tipo de efusiones afectivas. Pero igual le choca ver la irritación en sus ojos.

—Era un celular muy caro, Jiang Li.

—Ya lo sé. No es mi culpa que existan los ladrones.

Le molesta darse cuenta de que su voz se resquebraja otra vez. Se apura a salir y cierra la puerta tras ella con más fuerza de la que hubiera querido.

Jorge

Carterista. Esa es una buena palabra. Pero es la menos usada. Es de viejo. Hoy todo el mundo dice "punga". O peor, "chorro".

Jorge odia que le digan "chorro". No le gusta porque se usa para todo tipo de robo. Como si fuera lo mismo ponerle un revólver en la cara a alguien que sacarle algo del bolsillo. Chorro el que roba un banco, chorro el que apuñala, chorro el que entra a los tiros, chorro el que lleva un país entero a la miseria.

Jorge odia todo tipo de violencia. No le levanta la mano a nadie, no amenaza. Cuando surgen problemas, sale corriendo.

Se dedica al antiguo y delicado arte de sustraerle algo a otra persona. Sin gritos, ni amenazas, ni golpes.

No había tenido oportunidad de reflexionar sobre su profesión, hasta que, por unos tres meses, Jorge fue a ver a una psicóloga. Le pareció que le podía hacer bien hablar con alguien. Además sentía que le daba una especie de estatus, de señal de aburguesamiento. Sí, era un simple "chorro" del tren. Pero le iba bien, podía pagarse terapia.

Le había llevado cuatro sesiones animarse a decirle a la doctora a qué se dedicaba realmente (le gustaba que fuera una mujer y más grande que él, una señora con todas las letras, que lo escuchaba sentada en un sillón frente al suyo, en una habitación llena de libros). Al principio evitó el tema, y luego, cuando le pareció que ya habían entrado en confianza, se lo dijo con toda claridad: era un ladrón, se dedicaba a robar celulares en el tren.

Como era esperable en una profesional, la mujer no se asustó, no salió corriendo, no llamó a la policía, solo dijo "ajá" y anotó algo en su libretita.

Por momentos, la terapia psicoanalítica era para Jorge como un agradable baile, con giros y vueltas alrededor de la pista: yendo, pero sin saber bien a dónde. En cambio, en las malas sesiones, la terapia se sentía como un trabado partido de ajedrez destinado a terminar en tablas.

¿Por qué robaba? ¿Por qué se dedicaba a eso? La psicóloga encontraba siempre la forma de volver al tema. Era lógico: ¿por qué?

Por supuesto, Jorge había tenido otras oportunidades en la vida. Era una persona de clase media, medianamente inteligente, incluso con buena apariencia, era imposible no ver algo especial en la "profesión" que había elegido (él insistía en que usasen esa palabra). La conversación giraba entonces hacia su infancia y sus padres. Y sí, claro, pensaba Jorge, por supuesto que se puede encontrar razones para todo tipo de comportamiento extraño en su infancia: que su padre lo moliera a palos seguro que tenía que ver, que a su madre le preocupase

más mantener las apariencias que la verdad seguro que tenía que ver, que su padre llevara una doble vida (porque estaba seguro que la llevaba, no tenía bien claro qué hacía en esa doble vida, pero existía), ¡por supuesto que tenía que ver! Pero Jorge odiaba ese tipo de pensamiento: Ay, pobrecito yo, me pegaron de chiquito, mi madre no me quería y por eso hoy robo. No. No era suficiente. Había algo más. Otra razón. Y Jorge la encontró en una película.

Se llamaba, justamente, *El carterista*. Era una película francesa, vieja, en blanco y negro. Tenía una escena magistral. Una especie de videoclip con música clásica, de un hombre robando carteras en un vagón de tren. Una de las escenas más bellas que Jorge había visto en el cine. Lo había emocionado al punto de hacerlo llorar. Las manos pasaban de aquí para allá en una compleja coreografía, y mientras veía la escena —había ido a ver la película a un sucio cineclub de barrio, lleno de intelectuales de barba larga y estudiantes de cine— Jorge sintió que estaba viendo algo perfecto. Era robo, pero también era belleza. ¿No es lo que buscamos todos? ¿Agregar algo de belleza a este mundo?

Jorge tenía un don. Era difícil de explicar, pero era un don. El poder de tomar lo que quisiera del bolsillo de otra persona sin que se diera cuenta. Era un don muy grande. Casi mágico. Y le pedían que renunciase a él.

"Entonces", respondía la psicóloga, "supongamos que alguien tiene un don para torturar personas. ¿Debe ponerlo en práctica?". No, claro que no, decía Jorge.

Pero robar no era torturar. Y, además, él robaba celulares. Aparatos que estaban pensados para perderse, romperse, dejar de andar.

Cuando empezó, robaba billeteras. Pequeñas bolsitas de cuero rellenas de sabrosos billetes coloridos. Mientras más gruesas, mejor. Había que agarrar la billetera, sacar los billetes, que se podían gastar de inmediato, eso era genial también, no había que vender nada, no hacían falta intermediarios, dinero listo para gastar y, luego, dejar la billetera con los documentos, las fotos de la familia y esas cosas sin valor en alguno de esos asientos del subte o del tren, bien a la vista, cosa de que su dueño pudiera recuperarla si se tomaba la molestia o algún pasajero buena persona acercaba la billetera a la ventanilla o al personal de seguridad. Pero a veces se sentía mal, quizás ese dinero iba a usarse en algo bueno, quizás era dinero para comprar medicamentos, o algo así.

Después las cosas fueron cambiando. Primero, por las tarjetas de crédito. La gente empezó a salir con menos efectivo. Ya no era fácil cruzarse con billeteras llenas de billetes. Ahora estaban llenas de tarjetas de plástico. Y luego los celulares. Los celulares lo cambiaron todo.

Si la condición perfecta del robo se da cuando la víctima está distraída, el celular es al mismo tiempo el botín y la trampa. Una genialidad. La gente se distrae con el celular, pierde la noción de lo que hay alrededor y por lo tanto, se convierte en la víctima ideal. Y, además, los celulares se fueron volviendo más y más caros. Los "carteristas" o "pungas" o como se los quiera llamar se fueron

convirtiendo en realidad en ladrones de celulares. Jorge pensaba que habría que inventar una palabra para el nuevo oficio. ¿Celularistas?

Al principio, no quería saber nada con los celulares. ¿Por qué iba a robar algo que ni siquiera le gustaba? Después se dio cuenta de que era eso o cambiar de profesión. Tuvo que tomarse la molestia de aprender cómo funcionaban. Tuvo que conocer marcas y modelos. Con el tiempo le agarró la mano. Podía reconocer un iPhone, un Samsung y un LG en cada uno de sus modelos. Solo con verlos de reojo, con observar cómo les pegaba el sol. Sabía si tenían el borde de metal o la parte trasera de cristal.

Al final, todo cerró: robar celulares era el robo perfecto. Aparatos creados para desechar, casi descartables. No había culpa. Y, al mismo tiempo, eran el centro de todo. Porque los celulares eran pequeñas almas. Jorge lo había descubierto. Todo lo que la persona era estaba ahí. Y él tenía el poder de tomar de los bolsillos esas pequeñas almas, esos espejos negros que ocultan en vez de reflejar.

Jorge se emocionaba hablando de su profesión. La psicóloga no decía nada, solo tomaba notas.

A los tres meses dejó de ir. Una semana se le hizo tarde, la otra le dio fiaca. No fue más.

Cada tanto Jorge piensa que debería volver a llamarla. Ironías de la vida, la psicóloga es una de las pocas personas que conoce que no usa celular. Todavía se maneja con el teléfono fijo. Quizás por eso no la llama. Nadie quiere llamar a un teléfono fijo.

Jorge entra a un café. Pide un cortado. Como siempre se sienta en una mesa del fondo. Saca el celular. El celular de la Chinita es uno de los buenos. El último modelo de LG. Muy grandote para su gusto, pero caro. Salvó el día. Algunas calcomanías pegadas. ¿Por qué hacen eso los chicos? ¿No saben que bajan el valor del aparato? También algún rayón aquí y allá. La gente es muy descuidada con sus celulares.

Esa misma tarde puede convertirlo en efectivo. Pero tiene tiempo todavía. Puede tomarse un rato. Espiar el contenido de los celulares es otra parte divertida de su oficio. Vamos a ver qué hace de su vida la Chinita.

Alma

Recién después de caminar una cuadra sumergida en sus pensamientos, Alma se da cuenta de que está lloviznando. Por ahora no son más que unas gotas o ni siquiera eso, apenas un vapor húmedo en su cara. Pero es probable que se convierta en una lluvia real antes de que llegue al colegio. Mira el reloj y calcula: es demasiado tarde para volver a buscar un paraguas. Igual no le importa mucho, hace calor. Nada le importa mucho en estos días.

El tren está lleno y le cuesta encontrar un lugar para acomodarse. Lleva la mochila pegada contra el cuerpo y la mano sobre el bolsillo donde guardó el celular. Aprendió la lección. En realidad, si le robaran este no sería una gran pérdida. Es viejo, anda mal, tiene una pantalla muy chica, se descarga a mitad del día. Pero es lo que tiene hasta que sus padres accedan a comprarle otro, lo que, calcula, no sucederá antes de su próximo cumpleaños. Así que está obligada a cuidarlo. Necesita poder recibir mensajes, verlos en la calle, en el colegio, en el tren. Sabe que se está volviendo adicta al chequeo constante pero no puede evitarlo. Mientras lo piensa, vuelve a sacar el celular y mira. Nada.

Ya pasaron tres días desde que le escribió a Matías. ¿Por qué no contesta? ¿No contestar es una manera de contestar? ¿Es decirle que no quiere saber nada con ella? La idea la hace sentir mal y trata de borrarla de su cabeza. Le gustaría escuchar música para distraerse, pero no puede malgastar la batería del celular. Del bolsillo de su mochila saca un chicle, le quita el papel y muerde la coraza dura. El centro cremoso se desparrama en su boca y la inunda el sabor a frutilla artificial, intenso y levemente repugnante. Pero la idea sigue ahí.

El mismo día de la pelea con Quiang le había escrito a Matías para preguntarle cómo estaba y pedirle disculpas por la agresión de su primo delirante. Quería verlo cuanto antes. Él contestó rápido, encantador —“tengo un ojo en compota, preciosa, pero no es grave”— e insistió en que no se preocupara —“todo el mundo tiene algún loco en la familia”—. Pero no podía verla: al día siguiente se iba de viaje. Eso dijo, al menos. Con la banda, por unos días, a tocar en el interior. “Hablamos a la vuelta”. Y luego el silencio.

Esperó casi un mes hasta decidirse a enviarle un nuevo mensaje. ¿Había hecho mal? ¿Él se habría sentido presionado? Alma vuelve a repasar en su cabeza el contenido de ese breve texto, que sabe de memoria.

“¿Cómo andás, perdido? ¿Todavía de viaje? Tengo muchas ganas de verte. Por mi primo loco no te preocupes, la situación está bajo control. ¿Qué te parece viernes o sábado?”.

Su amiga Micaela le dijo lo que ella sabe pero no quiere saber. Que si él no llamó o no escribió en todo ese tiempo

es porque no está tan interesado o porque la locura de Quiang lo asustó y prefirió borrarse. Pero Alma se aferra a una sensación o, más bien, a una certidumbre: cada vez que se vieron hubo entre ellos una química impresionante. El aire que respiraban era eléctrico. No es un invento suyo, sucedió. Y si él se asustó, aún puede cambiar de idea.

El tren se ha parado unos minutos, un desperfecto, dice alguien. Cuando vuelve a moverse, una mujer le pide permiso para pasar y Alma se corre apretando la mochila contra su cuerpo. En ese momento levanta la cabeza y lo ve. Está junto a la puerta, preparado para bajar en la estación Lisandro de la Torre. Apenas alcanza a verle un medio perfil, pero le parece que la ropa es la misma, el saco gris, la corbata azul. El ladrón. ¿Es él?

Empieza a avanzar detrás de la mujer que le pidió permiso, pero una pareja se acaba de levantar para bajar y obstruye el paso.

—¡Ey! —dice para llamar la atención del tipo, sin saber qué palabra usar.

Algunos la miran, él no. Ahora las puertas se están abriendo y le parece que él empuja a una señora mayor que tiene adelante. ¿Le estará robando? Y luego sale muy rápido. Alma también se apura y sin pensarlo sale al andén. Lo ve a lo lejos, caminando veloz hacia las escaleras.

—¡Ey, usted! —vuelve a gritar—. ¡Ey!

Esta vez sí, el tipo gira y la mira un segundo. ¿Es realmente él? Alma no se siente segura, todo sucede muy

rápido, está lejos, hay bruma, otra gente lo tapa, pero igual corre en su dirección. Cuando llega a la escalera ya no está a la vista.

Vuelve con pasos lentos. Tendrá que esperar el próximo tren y va a llegar tarde al colegio. Ahora la lluvia es más fuerte y tiene el pelo mojado. Se refugia bajo el techo del andén sintiéndose una estúpida. ¿Y si él hubiera accedido a hablarle qué le hubiera dicho? ¿Devolveme mi celular? Se hubiera reído en su cara. Le irrita haber actuado de forma tan infantil, tan impulsiva. Pero en ese momento otra idea la sobresalta. El tipo repite el viaje. Eso significa otra posibilidad de contacto. ¿Y qué es lo que quiere un ladrón? Plata, obviamente. Lo que ella tiene que hacer no es pedir, es negociar. La semilla de una idea está germinando en su cerebro y, por pequeña que sea, eso la hace sentir un poco mejor.

La pone en marcha esa misma tarde cuando llega a su casa. Carteles, de eso se trata. Ha visto que otros los pegan en el tren: promocionan clases de inglés, salas de ensayo, masajes. Claro que alguien luego los podría arrancar, pero si pone suficientes es posible que el ladrón vea alguno. Y se tiente. Porque, lo sabe, un celular robado se vende por poca plata, nada comparado a lo que sale nuevo. Ella tiene unos ahorros y puede usarlos. No es mucho, pero no es tan poco. ¿Y cómo decirlo exactamente? Sentada frente a la computadora, Alma duda. Empieza a escribir: "Celular robado...", pero en seguida

cambia de idea. Borra y vuelve a empezar. No, no tiene que acusarlo, sino convencerlo. Negociar.

"Perdí un celular marca LG en este tren. Tiene dos stickers pegados en la parte trasera, de Lisa Simpson y las Chicas Superpoderosas. Es muy importante para mí recuperarlo. Ofrezco una buena recompensa a quien lo devuelva intacto. Comunicarse por mail a: ...".

A continuación viene su dirección de correo. Le parece más seguro que escribir su número, más anónimo. Imprime quince copias del texto y las corta prolijamente. Mientas lo está haciendo un viejo recuerdo la asalta. Los carteles de su padre. Sucedió solo dos o tres veces cuando tenía unos ocho años. Estaba teniendo problemas para escribir en la escuela china. Siempre le había costado, escribir en chino era muy duro. Entonces a él se le ocurrió el juego de los carteles. Cortó papeles blancos y escribió una palabra en chino en cada uno de ellos: "Cocina", "canilla", "mesa", "silla" y así. Luego los pegó en lugares equivocados. Alma tenía que reconocer la palabra y pegarlo donde correspondiera. Si acertaba, ganaba un caramelo.

¿Por qué le parecía tan maravilloso ese juego? Quizá por lo inusual. Su padre rara vez jugaba con ellas. No tenía tiempo. El mundo de él era -aún es- el trabajo, de la mañana a la noche. Y también su filosofía: los padres deben trabajar, los hijos cumplir con sus responsabilidades en la casa y la escuela. Y no molestar con reclamos que no pueden ser atendidos. Cada cual en su lugar. Quizás el juego de los carteles, piensa Alma ahora, fue la única

vez que hizo un intento por ayudarla en sus tareas. En los años que siguieron se limitó a criticarla si no hablaba suficientemente bien en chino, si sacaba notas bajas si pedía cosas que, a su juicio, no correspondían. Como que la fuera a buscar a una fiesta a las dos de la mañana ¿Acaso —preguntaba en ese caso levantando las cejas— los padres están para servir a los hijos?

¿Cuándo había empezado a resquebrajarse la armonía? Le costaba decirlo. En su infancia, su mundo era un mundo básicamente chino: las comidas, la lengua, los amigos. No se le hubiera ocurrido cuestionarlo. Ni siquiera discutía la necesidad de ir a la escuela de los sábados —aunque siempre la odió por la altísima exigencia—, porque era el lugar donde estaban sus amigos. Pero de a poco todo fue cambiando. Y creció la incomodidad.

En la puerta suenan un par de golpes y su madre entra sin esperar la respuesta.

—Jiang Li, a poner la mesa. La comida está casi lista.

Alma asiente y antes de levantarse esconde los cartones bajo un cuaderno. Después sale con desgano. No tiene hambre.

Jorge

Qué difícil es saber si alguien es inteligente o no. Jorge piensa que sería genial verle la cara a la gente y decir “este tipo es inteligente, este es un tarado”.

Como juez de personas que es, a veces siente que puede hacerlo. Que puede saber qué tan inteligente es una persona con solo mirarla. Pero muchas veces falla. Hay gente que tiene cara de inteligente y después resulta que no. Y otros con caras de bobos que al final son flor de vivos.

Pero en realidad... ¿no es un poco racista pensar que la inteligencia se puede medir a simple vista? Significaría que la inteligencia está determinada por tener la frente alta o los ojos más grandes o algo así. Una evolución superior.

Es racista. Y peor aún, equivocado.

Porque por ejemplo, si se guiara por las caras, Jorge diría que los alemanes, los noruegos y todos esos pueblos tan rubios (hay dos sentados en una punta del tren, por eso piensa en ellos) no son muy inteligentes. Tienen aspecto de buenas personas, confiables, pero no de inteligentes.

Y resulta que son de los pueblos más brillantes de la historia; si te descuidás, te conquistan el mundo.

En cambio, los asiáticos siempre tienen caras de inteligentes. Y también de buenos. Como la Chinita.

Jorge piensa estas cosas mientras espera que el tren vuelva a andar. Se encuentra en una situación difícil. En su bolsillo tiene un celular recién robado. La idea es bajar en la siguiente estación. El problema es que el tren se paró por algún tipo de desperfecto. No se mueve. Justo un poco antes de llegar a la estación donde pensaba bajar. Entonces la señora a la que acaba de robar grita.

—¡El celular! ¡Me robaron el celular!

Siente un impulso de pánico al oír el grito. Sabe que tiene que limitarse a no parecer sospechoso. En momentos como ese se felicita por ir de traje. Le da un aspecto de oficinista. También es bastante blanco de piel, eso lo ayuda mucho. De hecho la mayoría de las miradas se dirigen a un chico morocho que está parado detrás de la señora. De nuevo lo de “tener cara de...”. Además, llegó a moverse. Apenas tomó el celular dio unos pasos hacia la puerta. No corre peligro. Enfrente tiene a un señor de bigotes que está aún más indignado que la señora a la que robó.

—¡No puede ser! ¡A dónde vamos ir a parar! —dice el hombre, subiendo el tono para que lo escuche todo el vagón—. Ni saben lo que roban. Además, después venden los celulares por dos mangos para comprar droga.

Jorge mueve la cabeza, como diciendo “claro, claro, tiene usted toda la razón”, y se contiene, porque en verdad el

señor de bigotes lo está ofendiendo, y si pudiera responderle diría algo así:

“Señor de bigotes, yo seré lo que usted diga, pero no soy tan básico. En cuanto a la droga, no es lo mío, no tengo vicios importantes, quizás un poco de vino en la cena, pero nada más. Y quédese tranquilo, que conozco el valor de lo que robo mucho mejor que usted; de hecho, ni se me ocurriría robarle a usted. Seguro que sigue con el viejo y confiable Nokia desde hace años. Ay, señor de bigotes, tiene que dejar de vivir en un mundo de lugares comunes”.

Pero no dice eso. Jorge asiente, y pone cara de “qué terrible, a dónde iremos a parar”. Cuando el tren se pone en movimiento, sin ningún tipo de apuro, Jorge se mueve también. Disimuladamente, cambia de vagón. Deja atrás al señor de bigotes con su cara de preocupado por la realidad nacional. La señora robada sigue quejándose a los gritos, algunos piden por la policía, Jorge sigue avanzando. Tres vagones más adelante, los gritos de la señora ya no se escuchan. El tren tiene esa cualidad, cada vagón es un mundo. Cuando llegan a la estación Lisandro de la Torre, Jorge se dirige hacia la puerta para bajar.

—¡Ey! —dice alguien.

Hace como que no escucha, teme que sea la señora robada o alguien que se dio cuenta del robo, pero sea quien sea, va a tener que esforzarse más.

—¡Ey, usted! —le vuelven a gritar.

Jorge baja tranquilo, pero acelera el paso.

—¡Ey!

No resiste la tentación y se da vuelta. La Chinita. ¡Es ella! Por un instante siente una especie de alegría. No debería, pero se alegra de verla de nuevo. Siente como una emoción. Quizás por haber revisado su celular de punta a punta. Le dan ganas de darse vuelta y esperarla con los brazos abiertos: “¡Chinita! ¿Cómo andás? Vos andas medio enamorada, eh, a mí no me engañas. Che, ¿te molesta que te diga Chinita? Porque a mí me gusta, no te enojés, que es cariñoso”. Jorge no sabe por qué siente tanta simpatía por la Chinita. Piensa que en realidad no corre ningún peligro, aunque lo alcance. ¿Qué puede hacerle? Con decirle “no, disculpame, me parece que te equivocaste de persona”, ya está. A un ladrón se lo atrapa con las manos en la masa o no se lo atrapa más.

Hace lo que corresponde hacer. Aprovecha que viene un malón de gente de frente, amaga con subir las escaleras y rápidamente gira perdiéndose en la multitud. Diez minutos después, está sentado en la mesa de un bar. La Chinita nunca tuvo la menor chance.

Pero... ¿hace mal en usar siempre el mismo tren? ¿Corre algún riesgo? No está seguro. Por ahora, ese tren es su lugar de trabajo, lo que conoce, donde sabe moverse, no hay necesidad de cambiar.

Vacía sus bolsillos. El celular de la señora que acaba de robar es una porquería. Se lo tendría que haber imaginado. Siente una ola de ira. Pero se contiene. El objetivo de ese mes es conseguir un iPhone Plus, recién salido. Pero obvio, las personas mayores no gastan tanto. Tiene que apuntar a los más jóvenes. Y tiene que encontrar uno

pronto. Lo del iPhone Plus se está convirtiendo en una obsesión. Odia esa sensación. Lo hace ser descuidado.

En el otro bolsillo tiene el celular de la Chinita. Qué locura. Tendría que haberlo vendido ya. ¿Y si la Chinita lo alcanzaba, llamaba a un policía y lograba hacer que lo revisen? Jorge se da cuenta de que acaba de correr un riesgo más grande de lo que pensaba.

Alma

Le da vergüenza. Mientras camina por el vagón pegando los carteles, Alma se siente sofocada. Percibe la mirada de los otros sobre su cuerpo, los ojos que van hacia el cartel, que leen lo que dice. Seguramente especulan, pobre chica, pensarán, le robaron, qué tendrá en ese celular que tanto le importa, qué secretos esconderá. Por eso Alma va rápido, para zafar de las miradas. Pega dos o tres carteles en un vagón, pasa al siguiente y al otro y al otro.

Cuando ya no tiene más carteles ve un asiento vacío y aprovecha para sentarse. Al lado hay una mujer que está respondiendo un mensaje en su celular. Luego lo guarda distraídamente en el bolsillo de la cartera. Alma está a punto de decirle que no sea descuidada, que así se lo robaron a ella, pero no lo hace. Comentario de vieja, piensa, y se ríe sola. De pronto se siente un poco mejor, una tibia esperanza está creciendo en su interior, una esperanza que desafía la ley de probabilidades y, aun así, se abre paso. Es posible que el ladrón esté viendo el cartel en este momento, que aún tenga el celular, que hoy mismo se comunique.

Esa noche tiene la cena en la casa de Celeste. En realidad, había pensado en no ir. No tiene ánimos. Pero antes de que pueda avisarle recibe un mensaje de su hermana pidiéndole que vaya un poco más temprano, para ayudarla con la comida.

“Quiero que hagas tu guacamole, a nadie le sale tan rico”.

Alma sabe que no es el guacamole lo que le importa a Celeste, que solo es una forma de asegurarse de que vaya y la idea la conmueve. Sí, va a ir. Pasa por su casa pero no se preocupa por cambiarse: serán los mismos amigos de siempre, se dice, y solo se quedará un rato.

Antes de tomar el colectivo entra a uno de los supermercados del barrio. Quiere llevar algo para la cena, pero mientras camina por las góndolas se da cuenta de que no sabe qué habrá de comida. Al final opta por agarrar tres cosas que sabe que a su hermana le gustan: hongos cabeza de mono, bayas de goji y cáscaras de mandarina seca, cosas que extraña ahora que no vive en el barrio chino. En la caja está la dueña, una mujer de unos sesenta años, y Alma le habla en chino. Ni lo piensa, es automático. Si hubiese estado su hija, habrían hablado en castellano.

Celeste está exprimiendo naranjas para una ensalada de frutas. Al otro lado de la mesa están las cebollas, las paltas, los tomates, todo listo para que ella haga el guacamole. Ya está en eso cuando su hermana se limpia las manos y le acaricia el pelo.

—Qué suerte que viniste, te estaba extrañando. Hace como diez días que no nos veíamos.

Quizá sea la frase, el gesto de afecto o la cebolla que está pelando lo que hace que sus ojos se llenen de lágrimas. Celeste se da cuenta.

—Ey, Meimei, ¿qué pasa?

—Nada —dice con la voz quebrada, pero enseguida suelta todo. El robo del celular, la falta de respuesta de Matías, el hielo con sus padres, ese hueco que se agranda en su estómago. Y la bronca.

—Es todo culpa del tarado de Quiang —dice—. ¿Cómo puede ser que ellos hagan como si no hubiera pasado nada?

—Sabés cómo es, ellos lo adoran.

—¿Pero nadie ve que está loco? ¿Que es un peligro?

Celeste inclina la cabeza y su voz duda.

—Bueno, loco...

—¿Vos tampoco lo ves?

—Quiang está enamorado de vos, Alma, no loco.

—¿Qué?

—Sos la única que no se da cuenta. ¿No viste cómo te mira desde que llegó?

—Me mira como algo que quiere manejar.

—Sí, puede haber algo de eso. Pero además está enganchadísimo.

—¿Y todos saben eso? ¿Y esperan que yo...?

Celeste niega con la cabeza.

—No. Yo sé que nunca lo elegirías. Pero ellos... no sé.

—¿Es lo que esperan, no? El sueño completo: las dos hijas casadas con chinos. Pero yo les salí mal, no les cumplo nada. Ni la carrera ni el novio ni el carácter ni nada.

Celeste sonríe.

—Vamos, Alma, no es tan así. Los viejos tienen sus cosas, pero nadie te va a forzar a nada. Papá dejó de insistir con económicas y vas a estudiar psicología como querías, ¿no?

—Pero nunca van a aceptarme. Si lo llevara a Matías...

—¿Matías? —Celeste frunce el ceño pero no llega a decir nada porque en ese momento suena el teléfono.

Cuando vuelve se ve apurada.

—Vamos a ser ocho para la cena. ¿Me ayudás a hacer el arroz con hongos?

Alma asiente.

—¿Quiénes vienen? Mariela y Raúl, seguro.

—Sí, ellos dos. Y Julieta, que tiene un novio nuevo, Santiago. Que —agrega con una sonrisa— no es chino. Y me acabo de enterar de que él trae un amigo.

Alma la mira súbitamente enojada.

—No me digas que armaste todo esto para...

—¡No! Nada que ver, te dije. Julieta me acaba de preguntar si pueden traer al amigo que está con ellos. No tenía ni idea.

Pero en la mirada de Alma sigue la sospecha.

—Te juro, Meimei. Ahora cambiá de cara y poné el arroz, que es tarde y nos falta un montón.

El amigo de Santiago resulta ser un flaco alto que casi no abre la boca en toda la noche. Pasadas las presentaciones, la cena transcurre con normalidad, en medio de las típicas bromas de antiguos amigos que han recorrido

un largo camino juntos. Es evidente que Santiago se siente un poco afuera del asunto y, quizás como forma de incorporarlo, Oscar lo interpela sonriendo.

—¿Cómo te estás llevando con el mundo argenchino? ¿Te la hacen difícil?

—No, todos vienen teniendo muy buena onda. Y eso que el otro día hice un bochorno tratando de comer con palitos en lo de Juli. ¡Qué suerte que ustedes usan tenedores!

Todos se ríen menos Alma, que clava sus ojos en Oscar.

—¿No les molesta esa palabra? ¿Argenchinos?

—Es un chiste —suaviza Celeste.

—No, no es un chiste, es el rótulo que nos ponen. Es como si fuéramos menos argentinos que los demás. Pero yo no soy china, si ni siquiera conozco el país. Ninguno de ustedes lo conoce, ¿no?

—No, pero igual... —dice Julieta—, somos algo así. Una mezcla de culturas. Ni tan chinos ni tan argentinos.

—Yo no me siento mezcla, soy igual de argentina que cualquiera. Pero siempre hay algún imbécil por la calle que te ve los ojos rasgados y te dice chinita, chinita...

Alma nota que su tono se ha vuelto absurdamente duro, que el aire en la mesa es ahora tenso y se enoja consigo misma. Se levanta para llevar los platos a la cocina y decide que se irá apenas terminen el postre.

En la despedida le parece que Celeste está irritada. Vuelve a pensar que quizás toda esa cena estaba armada para presentarle a ese pibe, el amigo de Santiago. Si fue así, ha sido un fracaso absoluto. Ni siquiera retuvo su nombre.

Jorge

Octavio tiene todo perfectamente organizado. El local es el cuarto entrando a la galería, del lado derecho. Primero hay un negocio de sweaters, después uno de remeras de rock, otro de videojuegos (que sobre todo vende juegos piratas) y luego su negocio. Se supone que Octavio vende accesorios de computación. En la vidriera tiene los mismos teclados y mouses desde hace dos años. Tendría que cambiarlos o al menos sacarles el polvo. La realidad es que no vende nada. Lo suyo es la compra. Compra celulares robados para luego venderlos a través de distintas páginas web.

La mayoría de los negocios de compra y venta de objetos robados (joyas, relojes, celulares y sobre todo, estéreos de autos) se encuentran en la calle Libertad cerca de la avenida Corrientes, en pleno centro de la ciudad. A Jorge no le gustan esos locales. Están llenos de gente que le cae mal, unos más vivos que los otros, tratando de estafarse entre ellos, cualquier cosa con tal de conseguir un peso más. Prefiere ir hasta Flores y tratar con Octavio. Le simpatiza el pequeño local en la

galería. Menos gente, menos ruido. Además Octavio es un hombre serio y callado, un especialista al igual que él, no acepta ni estéreos ni relojes, solo celulares. Y encima se llama Octavio.

Jorge tiene ganas de preguntarle si es su nombre real o si es falso, por qué lo eligió. Pero sería una pregunta incómoda y sospechosa. De hecho Jorge suele decir que se llama Alejandro, y no sabe bien por qué usa ese nombre y no otro, simplemente es el primero que se le vino a la cabeza y se siente cómodo con él. Piensa que tiene cara de Alejandro, incluso un par de veces alguien dijo "¡Alejandro!" y él se dio vuelta pensando que lo llamaban. Lo más probable es que el caso de Octavio sea similar, que no se llame así, que haya elegido ese nombre porque le gusta.

Es un hombre gordo, de anteojos y barba descuidada, con un rostro que de tan serio parece enojado. Si el local dependiera de las ventas de accesorios habría quebrado hace tiempo. No solo por los teclados llenos de polvo de la vidriera, sino también porque el gesto de enojo concentrado de Octavio no invita a entrar. Siempre está con los ojos puestos en su celular, con pinta de estar leyendo algo, no tiene la pose activa de estar mandando mensajes, parece más bien como si estuviera leyendo un libro, el celular fijo en el mostrador, sus ojos clavados y en cuanto alguien cruza la puerta del local, suena una de esas campanitas, la mirada de enojo de Octavio se clava en el visitante y todo en él parece decir: "¿Qué hace acá? ¿Por qué me molesta? ¿Qué quiere? ¡Fuera!".

Cuando entra Jorge no es diferente. Sin embargo, Jorge sabe que le cae bien. Se entienden sin palabras, casi ni se saludan. Solo un movimiento de cabeza y van al asunto. Jorge pone el celular que le trae sobre el mostrador, Octavio comienza a analizarlo. Suelen intercambiar algunas frases sueltas, han aprendido a apreciar las cualidades de cada modelo. Hablan de celulares como otros hombres hablan de autos, con el orgullo del conocedor, prestando atención a cada detalle.

—Es la versión de tres gigas, ¿no?

—Sí, anda muy bien, aunque consume demasiada batería, dicen.

—Sí, eso leí. Igual todavía tiene batería extraíble, eso es bueno, te compras una de repuesto y listo.

—No sé, es molesto ir con una batería de más encima.

Por momentos no pareciera que uno está comprando y el otro vendiendo. Ni Jorge intenta enaltecer las virtudes del celular que le trae, ni Octavio disminuir las para conseguir un mejor precio. Los dos respetan el conocimiento del otro, no tendría sentido ir con engaños o mentiras. De la misma manera no hay discusión de precios. Octavio analiza con cuidado el celular, piensa un poco y luego dice cuánto está dispuesto a pagar. En general el precio es el razonable, si a Jorge le parece que vale más lo dice, lo hablan, siempre llegan a un acuerdo.

Esta vez Jorge lleva en su bolsillo dos celulares para Octavio. El de la señora que acaba de robar, que ya sabe

que vale poco o nada, y el de la Chinita. Lo va a vender, no vaya a ser cosa de que se la vuelva a cruzar.

Pero no llega a entrar al local. En la puerta de la galería está Coco. Coco es un hombre grande que peina para el costado los pocos pelos que tiene para tapar la calvicie. Tiene algunos tics nerviosos y no está del todo bien de la cabeza. Está todo el día apostado en la puerta de la galería. Su trabajo es hacer de "campana" de Octavio, es decir le avisa si viene la policía o alguien sospechoso y también ofrece diferentes servicios a otros locales. Jorge lo ha visto ofreciendo cambiar dólares y entregando volantes de un sex-shop que hay en el fondo.

Cuando Jorge va entrar, Coco lo mira fijo y mueve la cabeza diciéndole que no lo haga. Jorge entiende. Igual entra, pero como si fuera un cliente más. Pasa de largo por el local de Octavio, sin detenerse pero espía qué pasa. Octavio está con su cara de enojo rodeado por tres señores con carpetas. La Afip. Peor si hubiera sido la policía. Esos señores están ahí por los impuestos, para ver si hay ganancias no declaradas. A Octavio no le va a costar sacárselos de encima, pero quizás por unos días lo mejor sea no acercarse. Lo que quiere decir que no va a poder concretar la venta. Parece que el celular de la Chinita insiste en quedarse con él.

Alma

Son las ocho. Es sábado y son las ocho. ¿Por qué se despertó? Alma gira en la cama y vuelve a cerrar los ojos. Quisiera poder dormir hasta el mediodía o incluso más, hasta bien entrada la tarde. Pero no hay caso, cuando mira nuevamente el celular son solo las ocho y cuarto. La hora a la que debería levantarse si fuera a la escuela china. Pero ya no va.

Esa ha sido su rutina toda la vida: de lunes a viernes escuela argentina, los sábados escuela china. Un esquema que la obligó durante años a acostarse temprano los viernes, perderse muchas fiestas, bostezar en cada salida de sábado y siempre estudiar más que los otros. Estudiar, estudiar, estudiar. Esforzarse, como decía su padre. Y sí, el colegio chino era más exigente que el argentino, pero así iba a salir adelante. Y sí, aprender a escribir en chino era duro y también las evaluaciones y los concursos de oratoria y de caligrafía en los que tenía que participar. Sin esfuerzo no hay recompensa. Durante años ni siquiera se lo cuestionó. Pero un día dijo que no quería ir. Hubo meses de discusiones. Que el esfuerzo realizado, que las

posibilidades abiertas, que el título y las equivalencias. Y también: que la lengua china es el futuro, que el hijo de tal es hoy traductor y gana mucho dinero, que la hija de tal otro consiguió un cargo importantísimo.

Por un tiempo lograron que volviera, pero cada vez faltaba más, se iba atrasando, sacaba peores notas. Hasta que decidió que ya no iría. Nunca más. Le parece que su padre nunca se lo perdonó, que esa es una de las heridas que agranda la distancia entre ellos.

Alma vuelve a mirar el celular. Ocho y media. Sabe que no va a poder dormir más, pero no tiene ganas de levantarse y encontrarse con sus padres en la cocina. Quizá en un rato salgan.

Cierra los ojos. Busca algún pensamiento interesante, algo donde poner la cabeza. Pero no hay nada, es un sábado gris y vacío. A lo largo de la semana había fantaseado con que Matías iba a reaparecer, que respondería su mensaje y entonces hoy, este sábado, saldría con él. Nada de eso. Piensa en sus opciones. Micaela tiene la fiesta de un primo, de modo que no puede salir con ella. Sabe que tiene pocos amigos. Quizá podría intentar con Lucía. Fue durante varios años su mejor amiga, pero desde que ella dejó la escuela china se han distanciado un poco. Igual no descarta llamarla.

A las nueve no puede más, muere de ganas de ir al baño y tomar un café, y se levanta. Encuentra a su madre en la cocina. Hay un olor dulzón en el aire, un olor delicioso.

—¿Estás cocinando?

—Sí, tang yuan. Viene tu hermana con Oscar a almorzar.

La noticia es una pequeña luz en este sábado deprimente. Al menos no comerá sola con sus padres, con ese silencio que últimamente se posa entre ellos como si hubiera un muerto en medio de la mesa y lo estuvieran velando.

Está terminando de desayunar cuando su madre, que acaba de lavar la vajilla que usó, se seca las manos en el delantal y dice, como al pasar:

—Le dije a tu primo que venga también. Ayer me contó que tiene un celular bastante nuevo que no usa y te lo puede dar.

La luz acaba de apagarse. Piensa en decirle que no, que no puede invitarlo, que tiene que entender que lo que pasó fue importante, que Quiang está loco. Pero hay algo que se lo impide. Es algo en la postura de su madre, que ahora le da la espalda y ordena los platos en el armario, algo en la tensión de su cuello, en la dureza de su mandíbula, que expresa que el tema está cerrado y clausurado para siempre.

—No me hace falta —dice al fin Alma mientras levanta su taza y la lleva a la piletta—. Me arreglo con el que tengo.

Después de la pelea solo vio a Quiang una vez por la calle y cruzó para no tener que saludarlo. Días más tarde recibió un mensaje donde él se disculpaba con muchas palabras pero ninguna explicación razonable. No le contestó. Esta parece ser, ahora, su nueva estrategia: hacerse perdonar con un celular de regalo.

Se encierra a leer en su habitación hasta el mediodía, cuando hay un suave golpe en la puerta y se asoma Celeste.

—¡Ya llegamos!

Su hermana sonríe, pero Alma ve en esa sonrisa un dejo de inquietud.

—¿Y él?

—¿Quiang? Sí, está en el living. ¿Por qué no le dijiste a mamá que no querías...?

—No se puede hablar de ese tema con ellos.

—Bueno, vamos a comer. Tratemos de ignorarlo.

Alma hace su mejor esfuerzo por lograrlo, lo que significa hablar casi toda la comida en castellano con Celeste y Oscar. Pero cuando está en la cocina tirando restos en la basura oye pasos a su espalda. Gira y lo ve. Viene con una fuente que deposita en la mesa mientras le dice que supo del robo y que le ha traído ese celular que no usa. Lo saca del bolsillo y se lo extiende. Es un buen modelo, con pantalla grande, que se ve casi nuevo. Alma se pregunta si no lo habrá comprado solo para dárselo. Es tentador, por supuesto, pero no duda.

—Ya tengo uno, gracias.

Se da vuelta, saca los platos de postre del aparador y sin darle tiempo a responder vuelve al living. Se da cuenta de que Celeste acaba de decirles algo a sus padres, que se hace silencio, que todos están incómodos. Una vez que han comido el postre ella se levanta y anuncia que va a salir.

—¿A dónde vas?

—A encontrarme con Lucía.

Es mentira, pero eso es lo de menos. Tiene que escapar de ahí y tiene que hacerlo enseguida. Toma su cartera y saluda con la mano, sin mirar a nadie. Aunque no hace calor, está bañada en transpiración. En la calle la llama a Lucía, que le dice que recién estará libre a las seis. Tres largas horas para llenar.

Decide ir al cine que queda a ocho cuadras. Cuando llega se siente intimidada: es la primera vez que va a un cine sola. Elige la película rápido, sin saber casi nada de ella y es triste. Muy triste. Hay un hombre que va a morir, un perro que quedará solo. Hacia el final Alma llora con unas lágrimas gruesas que posiblemente no son por el hombre ni por el perro, sino por otras cosas, muchas más cosas de las que puede definir.

Jorge

Sería genial no despertarse temprano. Seguir de largo hasta el mediodía. Si total no tiene horarios. No tiene que entrar a una hora ni salir a otra. No es un oficinista, solo se disfraza de uno. Pero ahí está el sol asomándose por la ventana, y sus ojos se abren. Siete de la mañana. Como todos los días. Incluso hoy, que es sábado. Debe ser la edad, piensa Jorge. Antes de los treinta no le pasaba.

Jorge recuerda que quedó en ir a comer con su madre. Mientras sale de la cama y se dirige al baño, piensa excusas para no ir. "Me levanté descompuesto", "conocí a una chica", "imprevisto en el trabajo". Ya las usó todas. Puede pensar una nueva, cualquier cosa, total su madre va a aceptarla, va a decir, como siempre, "Lo dejamos para la semana que viene". Pero ¿cuántas "semanas que viene" puede haber? ¿Hasta qué futuro lejano e imposible va a patear un simple almuerzo? ¿Y por qué le cuesta tanto? ¿No tendría que ir feliz a comer con ella? ¿La gente no va feliz a comer con su madre? Seguramente. Otras personas. En otras familias.

Se viste con desgano. Camisa, pantalón, saco sport. Se mira al espejo ¿Es lo que su madre espera de él? Sí. Prolijo y elegante, sin llamar la atención.

En la entrada del edificio está Manuel, el portero. Cuando Jorge era chico había otro portero, Alberto. Pero era muy distinto. Solo se lo veía a la hora de sacar la basura. No tenía que estar todo el día sentado frente a esa mesita y el helecho en el hall de entrada. Tampoco había cámaras. Es que ahora con la inseguridad...

Manuel, el nuevo portero (para Jorge siempre va a ser "el nuevo"), lo recibe con una sonrisa. Sabe que es el hijo de la señora Clara. La señora Clara que se pinta y arregla hasta para ir a la verdulería. La señora Clara, que usa tapado aun en verano y nunca suda. La señora Clara, que no hace ni dice nada que pueda ser criticable. Su madre.

Quinto piso. La puerta se abre, Jorge sale del ascensor. Ella está en el pasillo con los brazos abiertos para recibirlo.

—Jorgito...

Lo llama así. A él no le gusta. Le recuerda a los alfajores.

—Hola, ma... Estás más flaca.

Que comience la función. Sonrisas, elogios y mentiras. Ya empezaron mintiendo: él no es ningún Jorgito, quizás lo fue hace muchos años, pero ahora no. Y ella no está más flaca; ella es flaca, siempre lo fue. Pero está orgullosa de serlo, y le encanta que se lo digan. "Qué flaquita que estás, Clara, qué envidia", dicen las amigas; "es el metabolismo", dice ella, aunque Jorge nunca la ve comer chocolates, ni torta, nunca un exceso. Con el tiempo

entiende que para ella es importante ser flaca y que también es importante que sea por el metabolismo.

—Vas a desaparecer de tan delgada —le dice.

—Ya sabes que no puedo engordar aunque quiera, corazón.

En la mesa, la comida está servida. Pollo al horno. Siempre hace lo mismo. Se sientan. Ahora va a empezar a hacer preguntas, casi como si estuvieran en un programa de televisión y ella fuera la conductora. Seguro va a empezar con preguntas sobre su vida sentimental.

—Contame... ¿Seguís con la chica esa?

Es fácil adivinar, la conversación sigue un orden establecido hace demasiado tiempo. Con "la chica esa" se refiere a una de las tantas mentiras que le cuenta Jorge, o quizás no, quizás a algo cierto que le contó o quizás una mezcla de mentiras y verdades, no se acuerda, y no importa, porque igual ella registra lo que quiere, da lo mismo, la pregunta tiene un solo interés y es la posibilidad de que la haga abuela. Y ni siquiera le interesa porque le gusten los niños, no le gustan nada y se le nota, probablemente ni Jorge le gustaba cuando era chico, mucho menos le gustan los bebés. Pero en su mundo de señora perfecta desentona que no sea abuela, es como una nota amarga. La imagina tomando el té con sus amigas y que le preguntan: "¿para cuando el nieto, Clara?". Entonces ella miente: "Mi Jorge con el trabajo no tiene tiempo para nada". "Seguro que es un picaflor", dice una de las amigas, "seguro que tiene mil novias", y su madre sonríe, pícara, y dice que sí, que ni puede recordar los nombres de tantas

novias que tiene. Porque ser un picaflor está bien, en el hombre al menos.

De la vida sentimental pasan a la laboral, y a Jorge se le dan mucho mejor las mentiras en esta categoría: sigue trabajando en la compañía de seguros, va a recibir otro aumento, no lo dejan un minuto en paz. Hasta tiene un jefe inventado, Roberto Schatz. Un tipo incompetente, que llegó al puesto porque su mujer es una de las hijas del fundador de la compañía. Jorge se toma unos minutos para comentar los últimos actos de inoperancia de Roberto Schatz. A su madre le encantan las historias que incluyan vagos e ineficaces, se va poniendo más derecha en su silla mientras escucha.

—Por eso yo siempre digo que las personas deben ocupar sus puestos según sus méritos —acota, contenta con ella misma.

Jorge sigue hablando de Roberto Schatz, y lo imagina como una mezcla entre su padre y el actor de una serie que está siguiendo.

¿Podría mentir así con su padre presente? Por suerte está muerto, piensa Jorge. Siente miedo de pensar así. Miedo de alegrarse de su muerte, o quizás miedo del fantasma de su padre, que parece que en cualquier momento va a salir del baño y sentarse a la mesa. Quizás solo miedo de su padre: vivo o muerto, carne o fantasma.

Una noche, cuando tenía dieciséis años, Jorge llenó la mochila y se fue. No aguantaba más. Así que se fue. Durante seis meses vivió en la calle. Aprendió muchas cosas; entre otras, a robar. Hizo amigos, pero también

pasó peligros. Aun así, se sintió más seguro que en su casa. Su madre lo encontró y lo obligó a volver. Para mantener las apariencias, ella prefirió inventar una historia donde su hijo, adolescente, aventurero y bohemio, se había ido a recorrer Brasil. Una historia vergonzosa para una familia de personas serias como ellos, pero no tan vergonzosa como la verdad, que había vivido en la calle con tal de no habitar el mismo hogar que su padre. Así que esa etapa pasó a llamarse “el viaje a Brasil”. Pero Jorge nunca estuvo en Brasil. Ni en ese entonces ni después. Desde ese momento, su vida continuó por dos carriles paralelos: la realidad, triste y oscura, casi inaguantable, y la mentira, que fue creciendo todos los días, haciéndose cada vez más interesante, floreciendo en una eterna primavera. Al “viaje a Brasil”, le siguió “la carrera de administración de empresas”, “el trabajo en una compañía de seguros”, “la historia de amor con Juliana”. Su madre había dado el puntapié inicial, la supuesta estadía en Brasil. Jorge había entendido la lección y, desde entonces, él había inventado el resto. Cuando murió su padre, los dos pudieron vivir en paz, en un mar de mentiras que se sostenían unas a otras, todas asentadas en la mentira más grande de todas: que su padre había sido un buen hombre. Cada vez fue más fácil. Ella no se preguntaba dónde estaba el título universitario de Jorge. No se preguntaba por qué nunca había conocido a sus compañeros de estudios. Tampoco preguntó dónde quedaba la compañía de seguros. Y no se preocupaba si el nombre de la novia de Jorge cambiaba a mitad del relato.

—¿Querés más pollo?

Jorge asiente, ella le sirve. Después, toman un café. Por unos minutos no dicen nada. Se miran en silencio y cada tanto, sonríen forzados. El almuerzo está terminando. Un relativo éxito. Entonces, un sonido en la cocina los hace sobresaltar. Pero solo es uno de esos ruidos extraños que cada tanto hacen las tuberías. Parece que el fantasma del padre no va a venir a sentarse a la mesa con ellos. No hace falta. Jorge sabe que está por ahí. Un fantasma que no quiere dar la cara.

Alma

Lucía le habla del plan chino durante la cena. Así lo llama con un mohín burlón, pero en realidad es un plan de viaje perfectamente organizado. Sus padres ya le compraron el pasaje, se irá en febrero. Un mes entero.

—¿Sola? —pregunta Alma mientras toma con los palitos un trozo de cerdo del chau fan.

Están cenando en Casa Beijing, el restaurante de los tíos de Lucía, elegido por un sencillo motivo: no tienen que pagar. Les han servido dos platos enormes que saben que no van a terminar.

—Sí, primero voy a parar en la casa de mi abuela en Shanghái, pero también tengo familia en otras ciudades, así que iré rotando. Y estaba pensando esto: sería mucho más divertido si vamos juntas. ¿No querés?

—¿Qué? —las cejas de Alma se elevan con sorpresa—. Estás loca, ¿de dónde voy a sacar la plata?

—Les pedís a tus viejos. Esperá, no pongas esa cara y escuchame. Primero, no es tanta plata: pueden comprar el pasaje en cuotas. Allá no gastaríamos mucho, paramos unos días con mi familia y otros con la tuya. Juntas nos

controlarían menos. Imaginate, viajando solas en tren de una ciudad a la otra... Las dos hablamos el idioma, nos vamos a arreglar bien. Y te digo una cosa: estoy segura de que a tus viejos les encantaría que vayas a conocer a la familia, que encuentres "tus raíces" —eleva los dedos marcando las comillas en el aire con un gesto irónico—, ¿qué decís?

Por un momento Alma tiene ganas de decir que sí. Un viaje por China. Una aventura que podría alejarla por un tiempo de la rutina, de la ausencia de Matías, de Quiang, de sus padres, de esa sensación de no enganchar bien con nadie, de la soledad que la ahoga. Y sabe que en cierta forma Lucía tiene razón: a ellos les gustaría que fuera. La idea de viajar a China en familia ha sido discutida muchas veces, pero se ha ido postergando año tras año por motivos económicos. Un solo pasaje es otra cosa.

Lucía percibe su duda y presiona.

—¿Por qué no les preguntás? No perdés nada.

Pero Alma sabe que eso no es cierto, que en esa transacción tiene mucho que perder.

—No sé —dice—, lo veo difícil. Pero lo voy a pensar.

Ya terminaron de comer —o más bien abandonaron los platos a medio camino— cuando Alma mira su celular y ve que le llegó el mail de un desconocido. El remitente solo dice "Alberto". Lo lee y sus ojos se abren enormes: es el que tiene su teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunta Lucía.

Le cuenta todo rápidamente: el robo, el tipo de pelo achatado al que volvió a ver, los carteles pegados en el

tren para contactarlo. A medida que avanza siente que su relato hace agua, que le cuesta explicar tanta obsesión por el celular y se enreda hablando de la relación con Matías.

—Es lo único bueno que me pasó en el último tiempo —dice al final con voz temblorosa y de inmediato se arrepiente de haberlo dicho.

Si Lucía advierte su turbación, lo disimula.

—A ver —dice suavemente—, contame qué escribe el tipo.

—"Tengo tu celular. Lo encontré tirado en la estación y está en buenas condiciones. ¿Cuánto ofrecés de recompensa?" —lee Alma.

Lucía frunce el ceño.

—Qué guacho, seguro que no lo encontró, te lo robó. Pero, esperá, ¿cómo sabés si es cierto?

—Y porque...

Alma deja la frase en el aire porque acaba de darse cuenta de que ella tiene razón. Cómo saberlo.

—Cualquiera que leyó el cartel puede decir que lo tiene para sacarte la plata —insiste Lucía—, es un peligro.

—¿Y qué hago?

Piensan. Al fin llegan juntas a la idea: Alma va a pedirle al tipo que le saque una foto a la tapa trasera del celular, donde están pegados los stickers. Así sabrá si lo tiene de verdad. Contesta rápidamente el mail con la esperanza de que él también responda enseguida, pero eso no sucede.

El tío de Lucía pasa por la mesa a saludarlas. Les lleva lo que otros clientes reciben con la cuenta: galletitas de la suerte, en una dosis abundante. Tres para cada una. Cuando ya se ha alejado Alma frunce la nariz.

—¿Por qué regalan esto? Ni siquiera es algo chino: es un invento yanqui.

—Ya sé, pero a la gente le encantan. Creo que algunos solo vienen a cenar por las galletitas de la suerte. Comamos una cada una y llevemos el resto: si las dejamos se van a ofender.

Lucía guarda dos bolsitas en su cartera. Luego abre la tercera y muerde la galleta para sacar el pequeño papel de su interior.

—¿Qué te salió?

—“Quiéreme cuando menos lo merezca, porque será cuando más lo necesite” —lee riéndose—. Este sale todo el tiempo.

—Sí, son siempre los mismos. A ver el mío.

Alma también muerde la galleta y extrae el papel.

—“Tendrás un encuentro extraordinario”.

Mastica lentamente el bocado y sonrío.

—Qué boludez.

Pero junto a las galletas sobrantes deja caer en su cartera el pequeño papel mientras piensa, inevitablemente, en Matías.

Jorge

Después de almorzar con su madre, Jorge decide que necesita salir. Hace mucho que no sale un sábado a la noche. Se da una ducha y se pone lo mejor que encuentra limpio. Toma un taxi. Solo porque es sábado, tomar un transporte público lo haría sentir que está trabajando. Va al centro.

En el bar no hay mucha gente, es temprano. Se sienta en una butaca de la barra y pide una cerveza. En un televisor de fondo pasan un partido de fútbol europeo. En la otra punta de la barra hay una chica sentada. Rubia, algo más joven que Jorge pero no mucho, en los finales de sus veinte, calcula. No levanta la vista de su celular. Es lo que suele hacer la gente cuando está sola en un bar. Les resulta incómodo estar sin hacer nada, el celular se convierte en compañía y protección, más tratándose de una mujer. Jorge es un especialista en celulares y también sabe ver lo que la gente está haciendo con ellos. Es diferente la actitud corporal de alguien que está leyendo un mensaje o escribiendo uno, a cuando están viendo la pantalla sin interés, solo porque no hay nada mejor que hacer.

La chica rubia no está haciendo nada importante con su celular. Lo mira aburrida. Quizás chequea sus cuentas de Facebook o Instagram de forma inconsciente, o pasa titulares del diario, o quizás está en Ajustes, cambiando funciones: da igual. No está haciendo nada, espera a alguien o a lo mejor ha ido a ese bar por la misma razón que Jorge, porque está aburrida y no tiene nada mejor que hacer. La segunda opción es la que espera Jorge. La mantiene en su campo de visión.

Un cuarto de hora después, la chica levanta la cabeza. Cruzan miradas. Él le sonríe. Ella vuelve a su celular. Está bien, piensa Jorge. No tiene por qué sonreírme de entrada. Por otro lado, él no tiene nada mejor que hacer. Se da cuenta igual de que está interesado, que toda su atención está puesta en la chica rubia.

¿Vino de levante? En realidad, cuando decidió salir, la idea era esa: salir, divertirse. Pero ¿qué es divertirse? De más joven hubiera sido ir a bailar. Pero ahora se siente estúpido yendo a bailar solo. Así que si sale, va a bares. Y la idea de conocer a alguien está ahí, por supuesto. Como imagina que estará en las cabezas de muchos de los hombres y mujeres que están en ese mismo momento en ese lugar. Conocer a alguien. Podría estar bien.

La rubia levanta la cabeza. Es una buena señal. No busca su mirada, incluso la esquivo, pero al menos dejó de mirar el celular. Jorge se levanta para ir al baño. Para hacerlo tiene que pasar por donde está ella. Ella levanta la vista cuando pasa cerca, como si fuera una reacción automática, y luego vuelve a su celular. Jorge no puede

evitar echarle una mirada al celular también. Gajes del oficio. Sí, es el modelo que pensaba.

Una hora más tarde, la ocasión propicia aparece. Jorge da una vuelta por el patio del bar. Mientras, la chica rubia se mantuvo firme en su butaca de la barra, con la vista clavada en el celular. Ahora el bar está más lleno. Hay un grupo grande de turistas que hablan inglés, y varios grupos de amigos que comienzan a soltarse a medida que los vasos vacíos de cerveza se acumulan en las mesas y la barra. Dos jóvenes abandonan su grupo de amigos, han decidido comenzar el antiguo arte de hablarle a una mujer desconocida y lo hacen de la forma más patética posible. Al lado de la rubia hay dos chicas, dos amigas, supone Jorge. Los dos jóvenes se dividen, uno de ellos habla con la chica rubia, mientras el otro acomete contra las dos amigas que están cerca, y que se ven tan incómodas como la rubia. Es triste todo el intento, los hombres de levante son tristes, piensa Jorge, pero estos más, el hecho de que hayan decidido hablar con mujeres diferentes solo por proximidad física elimina toda posibilidad de que alguna de ellas pueda sentirse especial. Pero lo cierto es que a Jorge le están haciendo un gran favor. Para él hay una regla primera y principal en el arte de la seducción: solo se gana en comparación a otro. Mientras la chica rubia estaba sola, Jorge competía con su imagen del hombre ideal, sea cual sea esa imagen, el hombre que a ella le gustaría que le viniera a hablar. En cambio, desde el momento en que ese chico, probablemente oficinista y probablemente borracho, está intentando levantársela

de manera tan torpe, Jorge debe ser mejor que ese chico, mejor que todos los demás chicos que pueda cruzarse esa noche. Y eso no es tan difícil. Por otro lado, no hay mejor entrada romántica que rescatar a una doncella en peligro. Así que en un momento en que la rubia levanta la vista desesperada, mientras el joven con pinta de oficinista habla y habla, Jorge espera que su mirada se cruce con la de la chica y cuando sucede, le hace un gesto con la mano, saludándola como si fueran amigos de años, y le indica que venga a donde está él. Lo hace de un modo exagerado, para que también lo vea el chico que está intentando levantársela. Ella duda un segundo, pero luego sonríe también, deja su asiento en la barra, y va hacia él.

—Hola, me imaginé que te iba a venir bien un poco de ayuda... —dice Jorge.

—Sí, gracias, se estaba poniendo pesado. Igual ya me estaba por ir...

—Entonces no fui de mucha ayuda... por mí no te preocupes, la verdad es que vine a tomar algo, hoy tuve que almorzar con mi señora madre —Jorge le dice así porque odia decir "mamá"—, y necesitaba relajarme un poco. Mi nombre es Jorge.

—Hola. Claudia.

Después Claudia no se va. Se queda hablando con Jorge y la conversación fluye de manera natural. Primero se burlan de los que están de levante, hasta les ponen

voces a los chicos imaginando lo que están diciendo. Luego hablan de sus vidas, de sus trabajos. Jorge miente lo menos posible. No le dice, por supuesto, a qué se dedica, y cuando ella le pregunta, ahí sí miente y dice que trabaja en una empresa de importaciones. Pero luego, el resto es cierto. El duro día que tuvo con su madre, lo alienado que se siente a veces en el trabajo (lo cual es cierto también). Ella le cuenta de su vida y Jorge se da cuenta de que es una chica inteligente y sensible, y esto en vez de alegrarlo lo deprime, porque no existe la mínima chance de que algo prospere entre ellos, ella es una chica buena y normal, si solo fuera una chica linda, quizás podría aspirar a seducirla a base de mentiras y luego salir corriendo, aunque no tenga ni la menor gana de eso, pero esto es aún peor, porque no es una chica linda en un bar, es más, es alguien con quien quedarse tirados en la cama un domingo, alguien con quien llorar viendo una película tonta y eso, ni haciendo uso del optimismo más desmedido, puede imaginar que pase.

Jorge le dice que se tiene que ir yendo. Ella se sorprende un poco, pero en parte le agrada, no lo toma como un rechazo, él dijo desde el primer momento que solo había pasado a tomar algo. Le dice que ella se va también. Y Jorge no puede evitar ofrecerle acompañarla.

Caminan primero en silencio, disfrutando la noche, luego retoman la charla. Ella tiene que tomar el colectivo. Es a una cuadra. Cuando llegan a la parada no hay nadie. Esperan unos minutos. Entonces él toma su rostro entre sus manos y la besa. Dura unos minutos, es

un beso apasionado, luego se miran y sonríen. Si todo pudiera seguir así, piensa Jorge.

Jorge se lleva la mano a la cabeza.

—¡Me dejé la campera en el bar! —dice—. Voy de una corrida y vuelvo, total es una cuadra. ¡No te vayas!

Ella apenas llega a responder que no hay problema y él sale corriendo. Cuando dobla en la esquina, Jorge ve un taxi y lo para.

La rubia seguirá en la parada unos minutos. Quizás, si estaba muy interesada, vuelva al bar a buscarlo. Jorge prefiere no pensar en eso. Ya está. Ya pasó. La mano, dentro del bolsillo, aferra con fuerza, casi hasta doler, el iPhone Plus que le acaba de sacar.

Alma

A Alma le gustaría que los domingos no fueran así. En realidad, la gustaría que muchas cosas fueran diferentes. Su situación actual, la relación con sus viejos, esa bruma de angustia que la invade últimamente sin que sepa bien por qué. Y hasta sus pies, que observa ahora que acaba de levantarse de la cama, anchos, con dedos gruesos, algo hinchados por el calor. Quizá mejorarían si se pintara las uñas de rojo. O quizá no. A uno le toca lo que le toca, se dice mientras sale al pasillo y agudiza el oído a la espera de algún sonido en la casa. O a la espera del silencio, que es lo que preferiría, porque podría indicar que sus padres están en el negocio. El negocio abre incluso los domingos, es un día en que el Barrio Chino se llena de visitantes, muchos de ellos turistas, y no es cuestión de desperdiciar la oportunidad de incrementar las ventas. Pero desde que está Quiang es él quien se encarga de abrir.

Lamentablemente, hay ruido en la cocina. Y olor: otra vez su madre está preparando algo que huele fuerte. La pala metálica golpea contra el wok, pac, pac, pac, un ruido que es casi una constante en su casa. Buen día, saluda

Alma mientras se sirve abundante café en un jarro. La madre mira de reojo y le dice que mejor no tome desayuno, que pronto estará el almuerzo. Pero la sola idea de la comida familiar alcanza para darle vuelta el estómago y le responde que no tiene ganas, que coman sin ella, que piensa encerrarse a estudiar.

En realidad, no tiene mucho para estudiar. En su habitación agarra el celular que dejó en la mesa de luz y lo observa. No hay mensajes. Le escribe a Micaela, para ver si está libre y pueden salir. Una hora después todavía no ha contestado: seguro se acostó tardísimo, quizá se quedó a dormir en lo de los primos y no va a volver hasta la noche. Piensa en la posibilidad de mandarle un mensaje a su hermana, pero la idea le genera una cierta incomodidad. Celeste se casó hace muy poco y supone que probablemente tenga ganas de pasar tiempo a solas con Oscar. No le gusta asumir el lugar de la hermanita pesada, que se les cuelga todos los fines de semana. Tendrá que resignarse a pasar el día en casa, estudiar un poco, quizá ver una película en la computadora. La perspectiva la deprime.

De pronto se acuerda de Lucía y el plan chino. ¿Y si fuera ahora mismo a hablar con sus padres? ¿Si los sondeara para ver sus caras? Por un momento la idea alcanza para levantarle el ánimo: un viaje cercano. Pero entonces empieza a imaginar el diálogo, los ceños fruncidos, las condiciones, los límites. Aun si estuvieran de acuerdo, lo que no es muy probable, ella sabe lo que dirían. Que tiene que volver a la escuela china, estudiar más, trabajar en

el negocio para ganar algo de plata. Y también que allá deberá quedarse con la abuela, ser obediente, visitar a un número enorme de familiares, incluyendo a los parientes de Quiang, que seguro será invitado a opinar y sugerir. Hasta podría ser que su padre recuerde eso que dijo una vez, que ella podría ir a una escuela en China como oyente, para mejorar la lengua. Poco a poco el entusiasmo desaparece y decide que no, no va a decirles nada.

Está estudiando matemática —o en verdad mirando unas ecuaciones sin lograr concentrarse en ellas— cuando empieza a sentir la presión en el pecho. Intenta tomar aire profundamente, pero le cuesta. Ya lo sabe, ya lo ha vivido. Tranquila, se dice, hay que mantener la calma, respirar suavemente, no ponerse nerviosa. No es nada, no es nada, repite en su cabeza, pero la presión aumenta. Pareciera que el aire no entra.

Empezó hace algo más de un mes. La primera vez se asustó mucho, sintió que se moría, llamó a su madre y terminaron en un hospital. La médica que la examinó le dijo que le iba a pedir una serie de análisis, pero que probablemente no era nada serio. Una reacción nerviosa.

—Hija nerviosa —asintió la madre—, muy nerviosa. La médica miró a Alma con una sonrisa.

—¿Te está pasando algo? ¿Problemas en el colegio? ¿Estrés?

¿Qué podía decirle? ¿Que el pibe que le gustaba, el que más le había gustado en su vida, se había borrado después de que el hijo de puta de su primo le había dado

una trompada en la calle porque la estaba besando? ¿Que ese tipo que en realidad no era su verdadero primo, ese tipo al que ella odiaba, era el que a sus padres les gustaría ver convertido en su marido? ¿Que en algunos días, como este por ejemplo, se sentía avergonzada de su madre, que llevaba veinticinco años en Argentina pero aún no sabía hablar bien castellano? ¿Que ella estaba harta de hablar en chino, harta de ser dos cosas, harta de no saber en verdad quién era?

No, no podía decirle nada de eso. Entonces sonrió.

—No me pasa nada —dijo—. Todo bien.

Está acostada mirando una revista, todavía levemente agitada, cuando un sonido en la computadora le avisa que entró un mail. Se levanta a verlo: es el tipo que tiene su celular. Alberto.

“No puedo mandarte una foto de tu celular porque la única cámara que tengo en este momento está en tu celular. Jajá. Pero estoy seguro, es el tuyo. ¿Cuánto es la recompensa? Nos podemos encontrar mañana y te lo doy”.

Alma duda. El tipo no va a mandarle la foto, tiene que tomar una decisión. En el fondo sabe que tendría que pensarlo con más calma, quizá conversarlo con alguien, pero no quiere. La idea de recuperar su celular la anima y contesta de inmediato.

“Son mil pesos. Si es que el celular es el mío y está en buen estado. Podemos encontrarnos en la estación Belgrano C del tren”.

Es la estación que está cerca de su casa y es un lugar lleno de gente, ahí el tipo no puede intentar hacerle nada malo, intenta tranquilizarse. Pero igual el plan le da un poco de miedo. Quizá pueda pedirle a Micaela que la acompañe. Aunque es tan flaquita como ella, todavía más baja, no parece ni de quince años. Entre las dos no asustan ni a un chico. Sería distinto con un hombre, piensa, si estuviera Matías...

La respuesta llega enseguida.

“Bueno, pero estoy ocupado durante el día, puedo recién nueve y media de la noche. Quedemos al lado del kiosco de diarios. Yo voy a tener una remera roja, ¿vos?”.

“Una camisa negra y blanca”, contesta Alma.

No se detiene a pensar que a las nueve y media ya no hay mucha gente en la estación, que incluso puede estar medio vacía, que a esa hora el kiosco está cerrado. Tampoco piensa que si él fuera quien le ha robado el celular no tendría por qué pedirle un dato para identificarla. Si él fuera quien dice ser, sabría. Pensaría en ella como la chica oriental, la de los ojos rasgados. La Chinita.

Jorge

Camina con pasos de pura felicidad. Brazos balanceándose a ritmo fluido, el pecho abierto, parece que estuviera en un musical y, de un momento a otro, fuera a ponerse a cantar abrazado a algún poste de luz. Así de contento se ve.

Llega a la galería de Flores. En la entrada Coco, con su peinado de costado para tapar la calvicie y su mirada de pocas luces desenfocada, le sonríe, mostrando los huecos sin dientes, y alza el pulgar. Quiere decir que está todo bien y puede entrar. Jorge le responde con el mismo gesto y cuando pasa a su lado, le da una palmeada en el hombro con cariño.

Entra al local, suena la campanita y Octavio levanta la vista, siempre fija en su celular, con expresión de pocos amigos.

—Qué hacés, no te veía hace un tiempo —dice.

Las palabras le salen con desgano, y eso ya es mucho tratándose de Octavio, todo un gesto de amistad hacia Jorge, lo normal es que se quede callado y apenas conteste con movimientos de cabeza.

—Vine el otro día... —responde Jorge—, y Coco me dijo que siga de largo. ¿Todo en orden?

—Sí, los boludos de la Afip. Con la cantidad de chorros y vienen a hincharnos a nosotros, que no jodemos a nadie.

—Es así.

—¿Me trajiste algo?

Eso es todo lo que Octavio puede permitirse de charla social, y solo porque se trata de Jorge, que ya se ganó su respeto. Él no está ahí para dar charla, sino para comprar y vender. Lo bueno es que Jorge piensa igual. Justamente, como el respeto es mutuo, se permite preguntarle si va todo bien, y lo hace con sinceridad, sobre todo porque, si Octavio dejara de comprarle celulares robados, tendría que buscar otro lugar donde ubicarlos y sería un problema.

Con un solo movimiento, Jorge saca su última adquisición y la pone ante los ojos de Octavio.

—iPhooooone Plussss...

Octavio lo dice estirando las vocales, casi como si fuera una cancioncita, y sonríe. Jorge lo imita.

—¡Phoooooone Plussss...!

Luego chocan puños, como si fueran dos chicos de catorce años.

—Lo conseguiste.

—Obvio, ¿cuándo te falle? Y te digo que no debe haber muchos todavía...

—Es el primero que me llega... A ver, pásámelo.

Los siguientes diez minutos Jorge tiene que esperar con paciencia que Octavio analice el celular de arriba abajo. Lo entiende, él haría lo mismo.

—Está bueno... —dice Octavio, sonriendo de costado—. ¿Lo probaste un poco?

—Sí, aunque yo soy de Android, casi por una cuestión de principios. No me gusta Mac. Le tengo idea. Pero está bueno, por fin se dejaron de joder y agrandaron la pantalla.

Luego viene hablar de dinero. Octavio le ofrece exactamente la cantidad que Jorge había pensado. Por eso se llevan tan bien. Los dos saben qué esperar del otro. Los billetes se apilan sobre la mesa. Un lindo pilón para Jorge. Terminan con un estrechón de manos, los dos contentos. Ahora debería sacar el teléfono de la Chinita y venderlo también. Era la idea de Jorge al entrar. Vender los dos celulares. Pero, con la pila de billetes que consiguió con el iPhone, Jorge no piensa que sea necesario. Una cosa a la vez. Ese es el día en que vendió un iPhone Plus, el modelo que todos están buscando. Suficiente, no hace falta agregar nada más. Saluda con otro estrechón de manos a Octavio y sale.

Mientras camina por la calle se siente, por supuesto, feliz por la venta, pero también algo preocupado; le pesa el celular de la Chinita en el bolsillo y se pregunta si no está cometiendo un grave error. Nunca antes, jamás de los jamases, se quedó un celular robado tanto tiempo. Piensa que es un peligro. Que tendría que haberlo vendido. No importa si vale poco. ¿Qué está haciendo?

Todavía puede tener acceso al mail de la Chinita y a la mayoría de sus aplicaciones. Entonces saca el celular del bolsillo con un movimiento feroz y comienza analizarlo de arriba abajo, como si pudiera haber un mensaje para

él, una alarma, una advertencia de la policía: te descuidaste, te vamos a atrapar. Pero no, no hay nada de eso. Lo que encuentra es otro tipo de mensaje, que le preocupa de manera diferente: alguien haciéndose pasar por él, alguien intentando engañar a la Chinita.

Alma

No es un buen día. Lo sabe desde el momento de levantarse, hay algo en su garganta, una sensación molesta, quizá una gripe en puerta. Y luego el calor excesivo y su madre, que otra vez insiste con que se lleve el arroz, aunque sabe que va a decirle que no. No, no es un buen día, pero Alma no quiere tomarlo como un presagio. Quiere pensar que esta noche va a recuperar su celular y las cosas van a mejorar.

Todos los signos, sin embargo, parecen indicarle lo contrario. Cuando está camino al tren que la llevará a la escuela se cruza con Quiang. Aparta la mirada, pero es tarde, él la vio y se detiene, bloqueándole el paso. Sonríe, como preparándose para decir algo, y le toca un brazo. No es más que un leve roce, pero Alma salta como si le hubieran pegado, masculla que está apurada y, mientras se aleja, siente el calor subiendo por su rostro. ¿Por qué huye? ¿Por qué no le grita, no lo insulta, si él es el culpable de lo que le pasa? Esas preguntas le taladran el cerebro pero igual sigue caminando cada vez más y más rápido, hasta que ve que el tren está parado en la estación y entonces

corre, con una desesperación que ella misma no entiende. Entra justo antes de que se cierren las puertas.

A Micaela el arreglo que hizo con el ladrón no le pareció bien. Es más, le pareció pésimo. A la salida de la escuela lo discuten. Ella no puede acompañarla esa noche e intenta convencerla de que lo cambie, que acuerde otro día, otro horario. Pero Alma se niega: no le va a pasar nada, argumenta, es su estación, su barrio, ¿qué le puede hacer? Mientras lo dice siente que la molestia que tenía en la garganta se movió y ahora está en su estómago.

A la noche le anuncia a su madre que tiene que ir a buscar unos apuntes a la casa de una compañera que vive cerca.

—¿A esta hora?

Su ceño se frunce pero Alma no deja espacio para la discusión, ya está en la puerta.

—Lo necesito para un trabajo, es acá nomás. En media hora estoy de vuelta.

En la estación hay poca gente, apenas cuatro o cinco personas que esperan el tren. El kiosco de diarios, al final del andén, está cerrado. Alma se queda parada junto a la luz de un farol. Tantea el bolsillo del jean, donde guardó, bien en el fondo, el rollo de billetes. Está decida a dárselos solo cuando el tipo le muestre que tiene su celular y que está funcionando. Si es que el tipo llega, porque pasan tres minutos, cinco, diez y nada. El tren acaba de detenerse, bajan unas pocas personas y suben los que esperaban. El

andén se vacía. Quizá no viene, va a esperar diez minutos más y se va a ir, decide, pero en ese momento ve acercarse a uno de los que acaba de bajar del tren. Tiene remera roja, pelo ondulado, una sombra de barba.

No lo encuentra parecido al que le robó. Aunque en realidad lo vio solo un momento, tenía saco, corbata y el pelo achatado, seguro que de ese modo se ve diferente.

—¿Alma, no?

El tipo sonríe, pero ella se limita a asentir. No está ahí para hacer sociales. Va al grano.

—¿Tenés el celular?

—Bueno, sí y no —se ríe—. Lo tiene un amigo, que está a un par de cuadras de acá.

—¿Y por qué no lo trajiste?

—Mirá, el asunto es que yo estaba muy necesitado de plata y se lo vendí. Pero lo llamé, le expliqué que apareció la dueña, que quiero devolverlo, y está dispuesto a dármelo. ¿Querés venir conmigo?

A Alma el asunto no le gusta. Mira a su alrededor: hay tres o cuatro personas que esperan el próximo tren. Ahí no puede hacerle nada. Pero irse con él...

—No, quedamos en que lo traías.

—Sí, tenés razón, pero mi amigo se puso difícil. Dice que no quiere meterse en esto. Igual está muy cerca, van a ser solo unos minutos.

—Bueno, andá a buscarlo vos. Te espero acá.

El tipo sonríe otra vez. Parece incómodo.

—Para que me lo devuelva necesito que me des la plata. Alma frunce el ceño.

—¿Qué? No, no te voy a dar la plata sin que me des el celular. Ni loca.

—Mirá, hagamos esto. Habíamos quedado en mil pesos, ¿no? Dame seiscientos, con esto lo consigo y te lo traigo. Ahí me das los otros cuatrocientos.

—No —ella sacude con energía la cabeza—. Sin verlo no te doy nada. Ni siquiera sé si es el mío.

El tipo abre los brazos con un gesto de impotencia.

—No sé qué podemos hacer entonces. Si no me querés acompañar y no me querés dar la plata, va a ser imposible...

Por un instante, los dos se miran en silencio. Entonces él se toca la mano y suspira.

—Se me ocurre esto. Te dejo mi alianza de casado. Es de oro, vale mucho más que seiscientos pesos, así que el riesgo lo tomo yo. Cuando vuelvo con el celular me la devolvés con los cuatrocientos.

Se la empieza a sacar, pero el anillo parece trabado y tironea. De pronto se frena, como dudando.

—Si mi mujer se entera me mata. ¿Me la vas a cuidar, no?

Alma asiente, busca los seiscientos pesos y los retiene en la mano derecha al tiempo que extiende la izquierda. El tipo termina de sacarse la alianza de un tirón. Se la pone en la palma, toma la plata y la guarda en su bolsillo trasero.

—Cuidala mucho. Me voy rajando. No te muevas de acá, en diez minutos estoy de vuelta.

Sale corriendo y se mezcla con la gente que acaba de bajar del tren. Cuando ya ha desaparecido de su vista,

Alma abre la mano y mira el anillo dorado. Se acerca a la luz para examinarlo y lo que ve no le gusta. Eso no es oro, es lata. Una argolla de lata, como las que salen de las tortas de casamiento.

Veinte minutos después está caminando hacia su casa. Tiene la vista borrosa por las lágrimas y la mano dolorida. No deja de repetirse que es la persona más ingenua, más estúpida del mundo, mientras aprieta la falsa alianza que se clava en su palma hasta provocarle un corte en la piel.

Jorge

Indignante. ¿Cómo se puede ser tan mala persona? Hay gente que no tiene límites...

Jorge observa la charla entre la Chinita y el chico de remera roja desde una prudencial distancia. Su enojo va creciendo. Decidió ir a la dirección que leyó en el celular, por una sola razón: se estaban haciendo pasar por él. Eso no podía ser. Quizás también por curiosidad. Y un poco, porque le cae bien la Chinita. Por algo no se ha desprendido todavía de su celular. ¿Por qué le cae bien la Chinita? No lo sabe. Algo de lo que ve en su aparato le inspira una mezcla de confianza y piedad. Parece buena. No debe ser fácil eso de ser local y extranjero al mismo tiempo.

El chico de la remera roja habla, da explicaciones, busca no darle tiempo a la Chinita para pensar. Una vergüenza.

Jorge sabe que no tiene derecho a indignarse, él es quien le robó el celular en primer lugar, por lo tanto ese tipo y él no son tan diferentes. Sin embargo, hay códigos. Y según el código de conducta que maneja Jorge es más grave aprovecharse de alguien que ya fue robado que

robarle. Es como pegarle a una persona que ya está en el piso. No se hace.

No puede oír lo que dicen, pero aun así entiende a la perfección lo que está sucediendo. El chico sonríe, habla sin pausa, se muestra simpático: le vende a la Chinita que es alguien en quien puede confiar. Y ella, pura tensión, tan inocente intentando mostrar lo contrario, que es dura y desconfiada, que no tiene miedo de encontrarse con un hombre que no conoce y de noche. ¿Tanto quiere su teléfono de vuelta? Jorge lo revisó de punta a punta, no hay nada que valga la pena el riesgo. ¿Tendrá que ver con las fotos de ese chico occidental que obviamente la tiene suspirando? ¡Y a él qué le importa! Se enoja consigo mismo al darse cuenta de todo lo que sabe de la vida de la Chinita, quizás sería mejor engancharse a ver una telenovela y listo.

La Chinita saca, con mucho cuidado, un fajo de billetes. Se ve que duda, que no confía del todo, pero igual lo hace. Se lo da al tipo y él lo guarda en el bolsillo trasero. Ay, esta chica, piensa Jorge. No puede ser tan ingenua.

El tipo empieza a irse, sigue hablando, todo acelerado, antes de que ella descubra la verdad: que no piensa volver.

Jorge sabe lo que tiene que hacer. Y sabe que no tiene que perder un minuto.

—Un café para llevar, por favor.

El café, caliente en la mano, pega saltitos mientras corre. Tiene que sujetarlo con cuidado para que no se le caiga.

El chico camina rápido, pero Jorge lo alcanza. Cuando lo tiene a vista, calcula por dónde va a pasar, da la vuelta, corriendo a toda velocidad y cuidando de no llamar su atención, para ganarle y poder cruzárselo de frente. Llega justo. Se detiene un segundo antes de que lo vea, y cuando el otro menos se lo espera, lo choca.

—¡¡¡Ayyyyy!!!

—Uy, perdón, te tiré el café encima... ¿te quemaste? ¿Estás bien?

—¡No me toques! Claro que me quemaste... mirá cómo me quedó la ropa...

—Disculpá, recién me avisaron que mi vieja está en el hospital, iba apurado, con la cabeza en cualquiera...

—¡Dejá de tocarme!

—Te estoy tratando de secar... ¿Seguro no te quemaste?

—Sí, me quemé, pero salí, estoy bien...

—Disculpame, en serio, perdón, te pido disculpas de nuevo, tengo que ir al hospital, perdón, perdón...

—Me arruinaste la ropa...

Mientras intercambian las últimas frases, Jorge se está alejando. Para un taxi y se sube, todo en un mismo movimiento, sigue pidiendo disculpas y mencionando confusamente el hospital, su madre y el apuro.

Cuando el auto arranca, saca del bolsillo lo que le acaba de robar al chico de remera roja. El rollito de billetes que le dio la Chinita y, ya que estaba, su celular.

Podría haber hecho la misma treta con gaseosa en vez de café, piensa. Hubiese sido menos cruel. Pero el pibe

se lo buscó, que aprenda la lección. Además, sabía que la quemazón lo iba a distraer permitiéndole revisarlo mejor.

Cuenta el dinero. Seiscientos pesos. Sería genial devolvérselos a la Chinita, piensa Jorge. De esa manera la acción de rescate sería completa. Le da vueltas a la idea. ¿Pero con qué excusa? ¿Cómo le explica quién es él, por qué sabía que ella se iba a encontrar ahí con ese tipo y que ese dinero es suyo? No hay forma. Si fuera por él, le daría el dinero y, ya que está, le devolvería su celular, que tampoco es gran cosa, así se deja de meter en líos para recuperarlo. El celular del chico de remera roja vale más que el de ella y la plata juntos. Sería justo. Pero no hay forma. No hay nada que pueda hacer.

La Chinita se quedará en la estación, esperando, hasta darse cuenta de que una vez más le robaron. El chico de remera roja estará en ese preciso instante revisando sus bolsillos vacíos y puteando al tipo del café. Mientras, él sigue perdiéndose en la noche arriba de un taxi y piensa qué va a comer.

Alma

Hace demasiado calor para estudiar. Alma mira la carpeta de Física donde hay tres palabras subrayadas, conducción, convección y radiación. No le dicen nada. El ventilador de techo hace un ruido raro, flap, flap, flap, que le resulta irritante. O quizá ya venía irritada, porque no puede sacarse de la cabeza lo que pasó el día anterior. Hizo de idiota. Eso es lo que más le molesta, más aún que haber perdido los seiscientos pesos: haberse dejado robar dos veces por el mismo tipo. ¿Pero era el mismo? Nunca lo va a saber. Así como nunca va a recuperar su teléfono. Es hora de reconocer que tiene que olvidarse del celular. Y también de Matías.

Claro que una cosa es saber lo que hay que hacer y otra cosa es hacerlo. Y ella no puede olvidarse de Matías. No le sale. Vuelve a mirar la carpeta.

El calor es una de las múltiples formas en que se manifiesta la energía.

Ella tiene mucho calor pero nada de energía. Se siente como una pasa de uva, insignificante y apelmazada. Ahora el ventilador está haciendo más ruido todavía,

flap, flap, flap, luego un fshhhhh y otra vez flap, flap, flap. El calor que siente le provoca ira, una súbita ira contra sus padres, y ese enojo le da aún más calor. Porque mil veces Celeste y ella pidieron, casi rogaron que compraran un equipo de aire acondicionado, pero ellos siempre se negaron. Muy caro, dijeron, hay que ahorrar. Son amarretes: esa es una palabra bien argentina, que nunca entenderían. Pero es lo que son, amarretes.

Flap, flap, fshhhhh, vuelve a gemir el ventilador y es el sonido de su agonía, porque un instante después se detiene. Alma se levanta y mueve la perilla de la pared, para un lado y para el otro, pero es inútil. El aparato acaba de morir. Y ahora que no está tiene conciencia de que, aunque fuera una chatarra, era mejor que nada. La habitación se vuelve irrespirable. Alma agita un papel frente a su cara, pero es demasiado fino, se dobla y no alcanza a producir ni el efecto de un soplido. Tiene que haber algo mejor, piensa mientras se pone de pie y empieza a abrir y cerrar cajones con furia. Al fin encuentra lo que recordaba: una cajita fina y alargada forrada de terciopelo. Adentro hay un abanico.

Es una cosa muy vieja, observa cuando lo abre, una tela color rosa montada sobre varillas finas, con unos motivos chinos, pájaros y flores. Pero sirve. Alma lo agita rítmicamente y vuelve la vista a su carpeta. Ha conseguido leer unas diez líneas seguidas cuando se abre la puerta y entra su madre, cargada con un par de bolsas de comida.

—Hola.

La saluda sin mirarla y sigue con lo suyo.

—¿Qué estás haciendo?

La dureza en la voz de su madre es como un latigazo que le hace levantar la cabeza.

—Estudiando, ¿qué pasa?

—¡¿Jiang Li, qué estás haciendo?!

Mientras lo dice se acerca y hay algo en la rigidez de su cara, de su tono, de sus gestos, que resulta verdaderamente alarmante. Como un acceso de furia. O de locura.

—¡Se rompió el ventilador! —exclama Alma enojada, porque lo único que le falta es que su madre le eche la culpa por los desperfectos de los aparatos que ella misma se niega a reemplazar.

—¡¡¡Quién te dijo que podías usar eso!!!

Recién entonces se da cuenta de que es el abanico lo que le preocupa, que su voz se está quebrando y tiene los ojos húmedos. Pero su madre nunca llora.

—¿Esto? —lo extiende en dirección a la mano que espera abierta—. ¿Por qué es tan importante?

La madre agarra el abanico y lo toca con mucha delicadeza, casi como si lo acariciara. Lentamente se sienta.

—Era de mi mamá —dice con voz temblorosa—. Es lo único que tengo de ella.

Las lágrimas están cayendo por sus mejillas. Alma la mira azorada. Su madre es una persona siempre contenida, no grita, no se ríe fuerte, no desborda. Es la primera vez que la ve llorar y no sabe cómo actuar. Finalmente se le acerca y le toma una mano. Hace mucho que no se dan la mano, piensa.

—Perdoname. No tenía idea. ¿Por qué es lo único que tenés?

La madre se refriega los ojos.

—Se murió cuando acabábamos de llegar acá y no pude volver. Esto me lo dio el día que me iba.

—¿Y después? ¿Por qué no volviste después?

—Siempre quisimos ir todos juntos, pero es muy caro —la voz aún tiembla—. Había que juntar para la casa, el negocio...

—¿Y por qué no vas ahora, mamá? —le aprieta la mano—. Tu hermana sigue en la misma casa, ¿no? Y están tus sobrinos... Sería un lindo reencuentro.

La madre sacude la cabeza. Su expresión ha vuelto a componerse. Libera su mano de la de Alma, cierra el abanico y lo guarda con cuidado en la caja.

—No, no podemos. Tuvimos muchos gastos con el casamiento de tu hermana. Y ahora hay que ahorrar para el tuyo.

—¿El mío? —Alma levanta las cejas desconcertada—. No, mamá, yo no me voy a casar en mucho tiempo. Y además, si lo hago, va a ser algo sencillo, nada que ver con lo de Celeste. A mí me gustaría que uses esa plata para viajar a China. Si vas sola no es mucho gasto. Pensalo.

La madre inclina la cabeza como si lo considerara, pero Alma se da cuenta de que todo está volviendo atrás, de que esa puerta que por un momento se abrió entre ellas se está cerrando. Y todavía necesita decirle algo más.

—También quiero que sepas que si un día me caso no va a ser con Quiang. Es importante que lo sepas: nunca va a ser con Quiang.

La madre asiente mientras se levanta.

—Sí, sí —dice—. Igual sos muy chica, uno cambia cuando crece.

Sola otra vez en el living, cierra la carpeta de Física. Sabe que no va a poder estudiar más, al menos no ahí. Quizá podría irse a un bar con aire acondicionado. Sí, no es mala idea, piensa, pero cuando agarra el celular ve que ha entrado un nuevo mensaje y el corazón se le dispara.

Es de Matías.

Jorge

Suena el teléfono. El suyo, el personal. Jorge atiende.

—¿Hola?

—Hola. ¿Hablo con Jorge?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Manuel, el portero del edificio de su madre... lamento llamarlo por esto, ella tuvo un ataque o algo así... se la acaba de llevar una ambulancia.

—¿Cómo? ¿Está bien?

—La verdad no sé, la llevaban al Hospital Naval, el de Parque Centenario.

—Voy para allá.

Jorge corta y para un taxi. Sube y le indica la dirección del hospital. ¿Qué le habrá pasado? Es raro. Siempre tan fuerte, no recuerda haberla visto enferma nunca en su vida.

Entonces recuerda. El día anterior, con el chico que le había robado a la Chinita, ¿no dijo eso mismo él? ¿No usó esa excusa para robarle? "Estoy apurado, me acaban de avisar que mi madre está en el hospital". Sí, dijo exactamente eso. ¡Y ahora se cumple! ¡Casi de la misma manera!

Es su culpa. Jorge se lleva ambas manos a la cabeza. Son dos pensamientos corriendo a la vez. Por un lado, el de la culpa: nunca hay que usar un hospital como excusa, hay que tener cuidado con lo que se desea, incluso con lo que se piensa. Por el otro, la lógica: pero qué estupidez, no hay relación entre que se diga algo y que una cosa suceda. ¿No usó acaso mil veces la excusa de la madre enferma? Seguramente. ¿No será más bien que esa culpa, ese hacerse responsable, es una forma de sentir que las cosas están bajo control, que lo que sucede, por terrible que sea, al menos es por nuestro mérito o por nuestra culpa, porque lo duro es reconocer que las cosas suceden y ya, que no tenemos poder sobre nada? No se decide. Culpa y lógica se mantienen firmes.

Llega al hospital, da su nombre en la recepción y, unos quince minutos después, lo llevan a la habitación en la que se encuentra su madre. Ella duerme. La enfermera le dice que sufrió una descompensación. Le están haciendo exámenes. Ahora está mejor. Pero tiene que quedarse en el hospital.

Jorge se acomoda en la sillita que está al lado de la cama. Durante las siguientes seis horas la ve dormir. Por momentos dormita él también. Por momentos está despierto y espera.

En el medio de la noche, de repente la escucha hablar. Se acerca. Está hablando dormida. Al principio no se le entiende nada, es más un murmullo. Hasta que dice una palabra, solo una palabra, que se oye clara.

—Secreto...

Su madre abre los ojos.

—Hola... Jorge... ¿estaba hablando dormida? Cada tanto me pasa, lo peor es que hace que me despierte...

Se la ve muy débil, Jorge nunca la vio así.

—Hola, ma, ¿cómo estás? Te desmayaste, estás en el hospital...

—Ya sé, ya sé...

—Me llamó el portero, vine enseguida...

—¿Él te llamo? Qué tonto, no hacía falta...

—¿Cómo que no hacía falta? Menos mal que me llamó. ¿Cómo te sentís?

—Bien, ya estoy bien, fue un susto nomás. ¿Qué dije dormida?

—¿Recién?

—Sí.

—Dijiste "secreto". Eso es lo único que entendí.

—¿Secreto? Sí, sí... ya me acuerdo. Yo estaba en una reunión, en el sueño digo, yo estaba en una reunión y había unas señoras que hablaban pero yo no podía escuchar. Entonces les preguntaba de qué estaban hablando. Y ellas me decían: "Secreto".

—¿No será que tenés secretos vos, eh?

Jorge intenta ser simpático, en realidad no sabe qué decir, solo puede pensar en lo débil que se ve. Su madre sonríe, pero con tristeza.

—Claro que tengo secretos... montones. ¿Quién no tiene secretos? Y lo peor es que son secretos que ya no importan, secretos de personas que no están...

Jorge le toma la mano. Ella se la aprieta con fuerza. Jorge se da cuenta del poco contacto físico que han tenido. De chico, nunca lo abrazaba. Era su forma de ser. A él le resultaban chocantes las otras madres, tan dispuestas a besar y abrazar a cualquier chico.

Se quedan así, de la mano, hasta que ella se vuelve a dormir.

Alma

Ya leyó el mensaje cinco veces, pero vuelve a hacerlo. Intenta imaginarlo con la voz de él, ese tono dulce y filosófico al mismo tiempo.

¡Hermosa! ¡Seguro que querés matarme! No sabés lo que fue mi vida en el último mes. La gira se alargó más de lo que pensábamos y al final, cuando volvía, me robaron el bajo. ¡Un garrón! Me pasé todo este tiempo haciendo trámites con el seguro y todavía no conseguí cobrar. Y pensando que te tenía que escribir, pero no encontraba cuándo. ¿Podemos vernos hoy? Tengo una reunión con unos tipos, pero a las once estoy libre. ¿Qué te parece si nos encontramos en un bar que se llama La Iguana? Es en Lavalle y Bustamante, en el Abasto. Decí que sí, hermosa. Me muero de ganas de verte. Beso enorme.

Alma quiere decir que sí, pero las once le parece un poco tarde. Piensa en contestarle que se encuentren más temprano, aunque él dijo que antes tiene una reunión. La idea de dejarlo para otro día no le gusta. Desde el instante en el que vio el mensaje tiene una sonrisa en la cara y el estómago apretado por los nervios. Quiere verlo.

Y quiere verlo hoy. Decide que va a aceptar el horario, tendrá que inventar algo ante sus padres, que va a lo de Micaela, quizá. Pero mejor no parecer muy ansiosa, le conviene esperar un par de horas para responder.

Media hora más tarde duda también sobre esto. Si no contesta rápido, quizás él arme otra cosa para la noche. Manda su respuesta a los diez minutos.

Hola, al fin aparecés, perdido. Bueno, esta noche a las once está bien. ¡¡¡Pero puntual!!!

Un beso.

Después de mucho dudar elige un jean negro de tiro bajo y una remera roja ajustada y corta, que cuando camina se levanta un poco y deja ver su cintura estrecha, su vientre chato. Le queda bien, lo sabe. Pero apenas baja del colectivo empieza a arrepentirse del vestuario. La miran mucho. Tira de la remera, en un inútil intento por taparse mientras acelera el paso.

Al llegar a la dirección que anotó, duda, ¿es ahí? Hay una puerta de madera con la palabra "Pub" y un dibujo, que ahora que lo mira bien, sí, podría ser una iguana. La empuja y se asoma. Es un lugar chico, con música suave y luces bajas. Las mesas están todas ocupadas y en ninguna está Matías. Tendrá que esperarlo en la barra.

El barman se acerca enseguida.

—¿Qué te sirvo?

Tiene sed. Le da vergüenza pedir un vaso de agua, aunque es lo que le gustaría.

—Una coca.

El barman asiente y sirve un vaso alto de la máquina. Le falta gas, pero calma su sed: en dos tragos se toma la mitad. Después saca el celular de la cartera y le escribe un mensaje a Matías.

Ya llegué. ¿Dónde estás?

En ese momento ve un mensaje de Celeste que no había leído antes. Dice que yendo al cine se encontró con Santiago y el amigo con el que fue a la cena en su casa y que el flaco le pidió el teléfono de Alma. ¿Se lo da?

Está por escribirle que no, que ni loca, pero advierte que le queda muy poca batería. Como una estúpida no lo enchufó desde la mañana y ese maldito celular se descarga muy rápido. Toma más coca, casi hasta terminarla. Está nerviosa, demasiado nerviosa, tiene que calmarse. Si pudiera cargar el teléfono se sentiría más tranquila. Revuelve su cartera pero no, no puso el cargador. Pasó las cosas de la mochila antes de salir y no se le ocurrió. Solo tiene un bolsito con maquillaje, la billetera, el documento, las llaves. Y, ridículamente, las dos galletitas de la suerte que puso por si le daba hambre.

Intenta tranquilizarse: una vez que llegue Matías, el celular ya no tendrá importancia. Cuando la puerta se abre, levanta la cabeza con ansiedad. Lejos de calmarla, lo que ve le provoca un escalofrío: el que acaba de entrar es Quiang y va directo hacia ella.

—¿Qué estás haciendo acá? —Alma lo encara con el ceño fruncido.

Él no le contesta. La mira y hay algo raro en su mirada.

—¿Cómo salís así?

Habla en chino, como siempre. Ella responde en castellano.

—¿Así cómo?

Recién entonces Alma deduce que eso no es una casualidad, que nada de lo que pasa con Quiang es casualidad.

—¿Me seguiste?

Otra vez él no le contesta. En cambio, le extiende una campera de lluvia que lleva en la mano.

—Ponete esto. No podés andar así. ¿No te das cuenta de cómo te miran?

Alma no la agarra.

—Estoy esperando a alguien.

—Nos vamos, te voy a llevar a tu casa.

—¿Qué? Estás loco, andate.

Evidentemente él no piensa hacerle caso, porque acaba de sentarse en uno de los taburetes y pide una cerveza al barman. No la mira a los ojos cuando dice que las cosas tienen que cambiar, que no puede seguir así. Hay algo en sus gestos, en la violencia con que escupe las palabras, que a Alma le da miedo. Una furia contenida. Saca su celular y, dándole la espalda, le escribe un nuevo mensaje a Matías.

Apareció mi primo y anda medio loco. Estoy asustada. ¿Estás llegando?

Lo manda y espera: nada. De pronto siente la mano de él en su brazo.

—¿Qué hacés? —mueve el brazo.

Él no la suelta.

—Es por vos, Jiang Li. Les mentiste a tus padres, andás vestida... así... No puede ser. Nos vamos ya.

La presión ahora es más fuerte. Alma empieza a sentirse mal, el pecho se le está cerrando y le cuesta respirar. Considera la posibilidad de liberar su brazo de un tirón y correr hacia la puerta, pero él la va a alcanzar. Y en la calle puede ser más peligroso que acá. Está claramente desequilibrado.

—No me siento bien —lo dice en chino, para apaciguarlo—, tengo que ir al baño.

Él la mira fijo unos segundos y libera la presión sobre su brazo.

—Bueno, andá. Después nos vamos. Te cuido la cartera.

Alma advierte demasiado tarde que la cartera había quedado entre los dos y ahora él la tiene en sus manos. Quisiera recuperarla, pero no tiene fuerzas para esa pelea. Al menos el celular está en su bolsillo. Camina tambaleante hasta el baño y empuja la puerta. Una vez adentro, pasa la traba, saca el teléfono y le manda un mensaje a su hermana.

Cele, estoy en el baño de un bar de Lavalle y Bustamante. Quiang me siguió y está como loco, me quiere llevar por la fuerza. Tengo miedo, ¿pueden venir a buscarme?

Espera unos segundos, no hay respuesta. Recién entonces se da cuenta de que a esa hora su hermana y Oscar deben estar dentro del cine. Con el celular apagado. Intenta inspirar profundamente, pero es como si el aire no pasara. La mano le tiembla cuando le manda otro mensaje a Matías.

Estoy encerrada en el baño. Si llegás golpeá la puerta.

En el instante en que aprieta enviar, el celular se apaga. Con desesperación, Alma trata de volver a encenderlo, pero no hay caso, la batería se agotó. Ahora el pecho le duele y siente la cabeza floja, brumosa. Tiene que sentarse. Apoyada contra la pared se desliza lentamente, hasta quedar en el suelo. No piensa salir si no aparecen Matías o Celeste. Ahí va a estar segura.

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando oye los golpes en la puerta. Matías, piensa, al fin. Se levanta y abre la puerta pero el que está ahí es Quiang. Tiene su cartera en la mano y una expresión furiosa.

—¿Qué pasa? Vamos.

Ella intenta cerrar la puerta, pero él la detiene con una mano y ya está adentro. Alma retrocede unos pasos.

—No podés estar acá, andate —ahora está gritando—. ¡Andate! ¡Andate!

Él la toma de un brazo.

—Te voy a llevar, dejá de hacerte la idiota.

Los gritos de Alma deben haberse oído en el bar, porque de pronto hay un extraño silencio. En la puerta del baño aparece el encargado, que observa la escena con evidente nerviosismo.

—¿Qué pasa acá? Les voy a pedir que liberen el baño y que se retiren.

—No, yo espero a alguien... —Alma intenta hablar pero la falta de aire hace que su voz salga débil. Mientras

se deja conducir fuera del baño nota que el hombre la mira con desconfianza.

—¿Vos sos menor, no? Por favor andate, no me generes problemas.

No puede contestarle. Busca una silla donde apoyarse, necesita frenar y calmarse. Respirar lentamente, como dijo la médica. Si se calma esto va a pasar. Oye que Quiang le está diciendo al encargado que sí, que enseguida se van, que va a pagar lo que consumieron. Pero ella no quiere irse, no con él. El corazón le late demasiado fuerte. Tiene que hacer algo, ¿qué?

En ese momento, se abre la puerta y Alma mira esperanzada. El que entra no es Matías, pero es alguien que le suena vagamente conocido. Un tipo alto, flaco, que ahora gira la cabeza hacia donde está ella. Sus miradas se cruzan y él sonríe.

Jorge

Jorge está en el bar cuando pasa.

Su madre se encuentra en el piso seis. El bar queda en la planta baja y Jorge bajó a comer. El bar funciona con menú del día. Albóndigas. No están mal, piensa Jorge, aunque quizás se deba a la tonelada de queso rallado que les puso encima.

Las pocas mesas ocupadas muestran rostros cansados como el suyo. Visitas o acompañantes, igual que él, personas que son parte de ese mundo en condición de invitados, están de paso, en algún momento se van a ir a ese mundo que sigue su curso afuera. Pero ahora están acá, cansados, mal comidos, preocupados, entre análisis y resultados que no entienden.

El bar es parte del hospital y a su vez no; comparte cierto código con el resto del edificio, el silencio –no hay música, nadie sube la voz, hasta dos niños sentados con su madre a tres mesas de distancia de Jorge cumplen la norma, casi no hablan, miran con la vista perdida la tele sin volumen–, la limpieza extrema. Y a su vez, el bar es una burbuja, un espacio neutro al que

ir a pasar las horas muertas de espera. Es el hospital y no lo es.

Jorge está en el bar cuando pasa y una de las enfermeras baja especialmente para comunicárselo. No está obligada, lo hace porque le parece que es justo que los acompañantes sepan lo antes posible cuando un ser querido fallece. Piensa así porque es joven, con el tiempo se volverá más dura y las visitas tendrán que subir hasta el sexto piso para enterarse de lo que sucede o, mejor aún, no ir en ningún momento al bar, que es a donde todos escapan cuando el aburrimiento los vence.

Jorge mantuvo la mano de su madre entre las suyas por horas mientras ella dormía, pero en un momento se dio cuenta de que tenía que comer. Así que con cuidado apoyó la mano de su madre en la cama y dejó la habitación.

Comió con tranquilidad, sin apuro, incluso al terminar se pidió un café. ¿Debería haber pedido algo para llevar, un sándwich, por ejemplo, para poder volver de inmediato con su madre?

Esa pregunta culposa aparece en su mente cuando ve a la enfermera asomarse en el bar, buscándolo con la mirada. Él mueve la mano para que ella lo vea. Casi está por decirle "ya estaba por subir", como si tuviera que justificarse, como si fuera uno más del cuerpo médico faltando a su función.

Pero la enfermera no viene a reprocharle que haya bajado a comer. Jorge se da cuenta por el gesto solemne con el que se acerca a su mesa.

No la deja hablar. No la deja ni llegar. Se para, corre hacia ella. Se da cuenta de que no pagó. Vuelve, tira un billete al lado del pocillo vacío. Ella empieza a decir algo.

—Lamentablemente su madre...

Pero Jorge no la escucha, ya está lejos, subiendo a toda velocidad las escaleras. En el ascensor no se puede confiar, menos en el del hospital, que tarda mil años en venir, siempre está lleno y para en cada piso. Los seis pisos por escalera Jorge los sube como si fueran seis escalones, como si pudiera saltar de un piso a otro, con una velocidad que nunca tuvo y nunca tendrá.

Llega a la habitación. Hay ruidos de máquinas, tres personas dentro además de su madre, de la que solo puede ver una parte de la pierna sobre la cama. Cuando intenta entrar, una de las tres personas, la que está más cerca de la puerta, un médico o enfermero, lo detiene poniéndole la mano en el pecho, con un movimiento fuerte y automático, como se hace en esos deportes de contacto físico como el rugby, un movimiento que parece entrenado, practicado en la universidad en la materia "bloqueo de hijo que quiere entrar a la habitación a ver a su madre muerta".

Jorge intenta entrar un par de veces más, da vueltas por el pasillo, se agarra la cabeza, hace preguntas incoherentes, es nuevamente atajado y rechazado del cuarto varias veces.

Ese segmento de la noche se borrará de su memoria por completo. El recuerdo de la muerte de su madre irá desde la enfermera asomándose en el bar hasta la charla

con el médico a cargo. Lo que pasa en el medio, los seis pisos subidos de un tirón, sus intentos por entrar en el cuarto, desaparece.

Estas cosas pasan, dice el médico a modo de conclusión. ¿Cuántas veces habrá pronunciado esas palabras? ¿Cuántas más tendrá que hacerlo? Estas cosas pasan. Es lo que repite una vez que logra que Jorge se calme, luego de confirmarle que sí, su madre está muerta, y no se puede hacer nada al respecto. ¿Pero ella no estaba bien? Sí, estaba bien, y parecía estar mejorando. Pero estas cosas pasan. Estaba débil, nada indicaba que pudiera sufrir otro ataque tan pronto. Pero estas cosas pasan. El doctor tampoco tiene respuesta a por qué pasa justo cuando él está en el bar. Solo que... esas cosas pasan.

Las quejas, el enojo y la tristeza de Jorge chocan contra la calma fría del médico, que intenta transmitir una idea difícil de asimilar: que la muerte es algo natural y bastante impredecible. La muerte se siente inverosímil, imposible, fuera de lugar, inexplicable. Siempre. Aun en un hospital.

Le aconseja que de momento vaya a descansar. Le dan las pertenencias de su madre.

Campera, cartera, zapatos.

Dentro de la cartera, un celular. Uno de esos celulares horriblemente antiguos, esos con tapita. Una auténtica porquería. Ese era el celular de su madre.

A él nunca se le ocurrió regalarle uno. Nunca.

¿Cómo no se le ocurrió? ¿Cómo no le regaló uno de los mil aparatos que pasan por sus manos? Imagina su

sorpresa ante el regalo, cómo la habría ayudado a instalar aplicaciones, a poner el despertador, a usar el calendario; los imagina a ambos sacando fotos, ella quejándose de todas esas funciones que no comprende, pero finalmente usando unas cuantas, por lo menos la que le avisa cómo va a estar el clima en la semana, porque nada odia más que olvidar el paraguas cuando llueve.

¿Cómo no le regaló un celular? El más bonito, el más brillante, el más delgado. Era lo único que podía hacer por ella. Nunca le pudo mostrar algo de lo que estar orgullosa. Ni título, ni carrera, ni esposa, ni nieto. Nada. Era lo único que podía hacer por ella. Regalarle un buen celular. Y no lo hizo.

Siente que no puede respirar. Sale a la calle. El aire no llega a los pulmones. Sabe que es algo psicológico, que el aire está ahí y también sus pulmones. Pero si el aire no entra, no puede respirar, va a caer muerto en la calle.

Se sienta en una escalera. Intenta calmarse. Piensa en una canción. La canta en su mente. El aire va volviendo. Saca del bolsillo el celular de la Chinita. Lo saca automáticamente, buscando distraerse, buscando cualquier cosa de la que aferrarse a la realidad. Comienza a revisarlo de punta a punta. Todavía llega débil la señal de wifi del hospital. Comienza a ver las fotos que ya vio mil veces. La agenda. El mail. Abre cosas al azar. Casi todo es accesible todavía. Entonces ve los mensajes. ¿Cómo que está encerrada en un baño? ¿Quién es Quiang? Ve la hora del mensaje. No pasaron ni quince minutos desde que ella los mandó. Está sucediendo ahora. Lavalle y Bustamente.

Alma

El tipo camina hacia ella con seguridad. Alma no sabe quién es, no sabe si lo vio antes, pero hay algo en él que le da esperanzas. Está sonriendo, probablemente sea eso. Por puro reflejo ella también sonríe.

—¿Cómo estás? —pregunta el tipo—. ¿Te acordás de mí?

Alma no se acuerda, pero asiente. No quiere que se vaya.

—Soy amigo de tu hermana —sigue él—, nos vimos en esa fiesta...

—¿En el casamiento?

—Exacto, en el casamiento.

—Sí —ella bucea en sus recuerdos de esa noche, en las múltiples caras que vio—, creo que me acuerdo.

La voz se le está adelgazando porque otra vez le falta el aire. Se pasa la mano por la cara: está transpirando a mares.

—¿Te pasa algo?

El tipo la mira preocupado.

—No me siento muy bien.

Es cerca. Los músculos se relajan. El aire entra fuerte y puro en sus pulmones. Con calma y seguridad, Jorge se levanta y para un taxi.

Cuando entra en el bar, varias cabezas se dan vuelta para mirarlo. Una de ellas es la de la Chinita. Ella lo mira. ¿Se acordará? Es raro tenerla cerca, en vivo y directo, le dedica una sonrisa. Lo que le interesa es otra cosa, es el tal Quiang. Sabe que no debería estar ahí, que no es de su incumbencia la vida de la Chinita, y que si tiene que ser sincero, no está ahí por ella, está ahí porque no podía estar un minuto más en el hospital y nada lo haría más feliz que poder pegarle a alguien. Y el tal Quiang tiene todos los números.

Mientras camina hacia él, surgen en Jorge, al mismo tiempo, la sonrisa en los labios y el puño en la mano.

En ese momento Quiang, que estaba pagando la consumición, se vuelve hacia ella. Aún tiene su cartera en la mano. Le echa una mirada de reojo al tipo y la toma de un brazo.

—Vamos —dice.

Alma niega con la cabeza. Apoyada en un banco, está consiguiendo respirar un poco mejor. Quizá sea eso o la actitud de este tipo que está parado junto a ella, como custodiándola, lo que le da fuerzas para decir que no. Que no va a ir. Que le devuelva su cartera y se vaya de una vez.

No lo sabe aún, pero esta firmeza que surge de pronto es la semilla de lo que dice horas más tarde, frente a sus padres, con una calma que no ha tenido hasta ahora. Que Quiang no es de la familia y nunca lo será, que tienen que terminar con esa fantasía. Porque ya no importa de quién sea hijo ni lo que su padre haya hecho por ellos, es un tipo controlador y violento del que necesitan alejarse. Lo va a decir sin levantar la voz, sin alterarse, como quien pronuncia una verdad incuestionable.

Esta nueva actitud es también el origen de lo que conseguirá explicarles unos meses más tarde, durante una cena en la que su madre va a llorar. Les dirá que ella no se siente china, que haber nacido en este país la ha hecho una persona diferente. Van a estar comiendo tang yuan y el padre dejará la cuchara y mirará hacia la pared cuando ella murmure que lo entiende, que entiende que ellos deseen yernos y nietos chinos, una familia donde todos hablen chino, piensen en chino y sueñen con volver a ese país que no es el suyo, pero que eso no va a suceder. Alma

tampoco sabe aún que en ese momento sentirá una punzada de dolor ante la decepción en los ojos del padre y las lágrimas de la madre, pero que será un dolor mezclado con alivio. Un enorme alivio por poder sacarse esa piedra de adentro.

—No voy —vuelve a decir ahora con voz firme—. Andate o llamo a la policía.

No recordará después qué viene primero, si los insultos, el sacudón en el brazo que casi la tira al piso o el puño del tipo que se eleva y pega en el centro del pecho de Quiang. Pero es entonces cuando él pierde pie, se agarra de una mesa que se viene abajo y su cabeza golpea contra el suelo.

Y de pronto todo es grito y escándalo. Hay sangre en la frente de Quiang que mueve los brazos e intenta infructuosamente incorporarse, como un pez que ha quedado fuera de su pecera. Hay gente que se levanta de sus mesas y lo rodea, uno que dice que llamen a un médico y otro, que mejor a la policía. El tipo que ha pegado la trompada se agacha, levanta la cartera de Alma del piso y se la entrega. Al mismo tiempo se acerca a su oído y susurra que quizás es mejor que se vayan.

—¿Querés que te acompañe a algún lado?

—Sí, al colectivo —dice ella.

Nadie intenta detenerlos cuando salen. Ya afuera, Alma se da cuenta de que tiene mucha sed, una sed tremenda, que si no toma algo corre el riesgo de desmayarse, y dice que necesita parar a comprar agua.

—Allá hay un kiosco —contesta él.

Es uno de esos kioscos grandes, que tiene una pequeña mesa con dos sillas en el medio. El tipo le dice que lo espere ahí, que él compra el agua.

Sentada, Alma mira el reloj. Son las doce y media. Pasó una hora y media de la cita con Matías. Piensa que ya no va a esperarlo, que nunca va a volver a esperarlo, y siente ganas de llorar. También piensa que esta es una de las noches más raras de su vida.

Jorge

Jorge se siente bien. No se olvida de que acaba de morir su madre, más tarde volverá la tristeza, pero ahora está con la Chinita y puede pensar en otra cosa.

La observa mientras compra un agua en el kiosco. Le resulta extraño verla en persona, después de tanto tiempo espíandola a través de un celular. Es como conocer a un famoso. De chico seguían con su madre una telenovela; en cierta oportunidad, yendo de compras por el centro, cruzaron en la calle a una de las actrices, la que hacía de mejor amiga de la protagonista. A Jorge le había resultado muy raro y, para su sorpresa, descubrió que a su madre también. Ver ese rostro asociado a un personaje, a una historia de ficción, caminando por la calle, era desconcertante.

Con la Chinita siente algo parecido. Quizás no tiene que ver con la fama sino con las pantallas, piensa. Tener en frente a una persona que se conoce a través de una pantalla es como estar ante alguien similar y a la vez diferente a lo que se creía. Una persona real.

Jorge se demora en recibir el vuelto para poder observarla unos segundos más. Sabe que está cometiendo un error,

está rompiendo todos los códigos que él mismo estableció para su profesión. Lo más prudente sería irse. La Chinita puede recordar de dónde se conocen realmente en cualquier momento. Pero por algún motivo no está nervioso.

Se acerca con la botella y se la extiende. Ella le sonríe.

—Ni siquiera nos dijimos los nombres. Me llamo Alma... ¿vos?

Jorge le devuelve la sonrisa. Se dan un apretón de manos demasiado formal.

—Qué lindo nombre, Alma.

Lo dice en serio. Le parece un nombre hermoso. Se arrepiente de haber pensado todo ese tiempo en ella como la Chinita.

—¿Y vos? —insiste ella.

—Alejandro —dice él sin saber por qué. Quizás es la costumbre.

Se produce un silencio. Pero no es incómodo, Jorge está extrañamente relajado frente a ella.

—¿Estás bien? —le pregunta, recordando lo que acaba de pasar.

—Sí. Gracias por defenderme ahí adentro.

—No pasa nada. ¿Quién era ese tipo?

—Mi primo... o algo así... Una larga historia.

—¿Tu primo? —Él frunce el ceño—. Ahora me siento mal de haberle pegado.

—No te sientas mal, se lo merecía.

Alma sigue sonriendo. Jorge también sonríe y su sonrisa es sincera; está de buen humor. Pero ahora percibe una nube en sus ojos e intuye de qué se trata.

—¿Realmente nos vimos en el casamiento? —pregunta ella.

—¡Claro! ¿No te acordás?

—La verdad, no... dije que sí, pero no me acuerdo.

—Sí, nos conocimos ahí. Incluso bailamos un tema juntos.

La sonrisa de Alma va desapareciendo. Él se da cuenta de que se equivocó. Hay otro silencio, pero ya no es cómodo.

—No nos conocimos en el casamiento, ¿no?

Jorge tarda en responderle.

—Capaz fue en otro lado. Yo la conozco a tu hermana.

Ahora Alma se está poniendo nerviosa, Jorge se da cuenta. Debe estar preguntándose si es prudente estar de noche sola con ese tipo. Él busca algo para decir, algo que cambie el clima.

—¿No tenés hambre? Podría comprar unas papas fritas o algo así.

Ella niega con la cabeza.

—No, creo que mejor voy yendo para mi casa. Pero si tenés hambre... —mete la mano en su cartera y revuelve—. Tengo esto.

Saca las dos galletitas de la suerte y las pone sobre la mesa. Jorge sonríe.

—¡Galletitas chinas! ¡Me encantan! Comamos una cada uno, a ver qué traen.

Sabe que su euforia es exagerada, que está sobreactuando. Pero necesita algo para recuperar la confianza de la Chinita. Abre su galleta, le da un mordisco y saca el papel.

—“Tendrás un encuentro extraordinario” —lee y se ríe.

—Siempre salen repetidos —dice Alma.

—Sí, pero acertó. Lo de hoy fue extraordinario, ¿o no? —la mira un instante—. A ver, abrí la tuya.

Ella lo hace.

—“Apúrate lentamente” —lee.

Jorge se ríe otra vez. Es una carcajada abierta y contagiosa.

—¡Eso! Te acompaño a tomar un taxi, vamos rápido bien lento.

Mientras se ponen de pie, Alma también ríe. Parece a punto de decir algo más, pero él no le da tiempo: acaba de hacerle señas a un taxi que viene libre. Cuando frena, le pregunta a Alma dónde va, luego se agacha para hablar con el conductor, le da plata y se vuelve hacia ella.

—Subite. Te lleva a tu casa, ya está pago.

Alma duda.

—No hace falta que me pagues el taxi...

—Dale, es tarde...

En eso Jorge tiene razón. Alma asiente.

—Bueno, gracias —dice mientras él le abre la puerta—, quizá nos volvemos a ver.

—Sí, quizá.

Ella lo mira con una pregunta muda en sus ojos. Jorge sonrío y se encoge de hombros.

—Quizás en el tren.

Ahora ella tiene una cara rara. Tal vez está recordando de dónde se conocen, tal vez no. Ya no importa. La despide con un abrazo fraternal.

—No les des muchas vueltas a las cosas —le dice en un impulso—; todos querríamos que las cosas fueran más fáciles, pero no, las cosas no son fáciles. Ese es mi consejo: nunca creas que las cosas son fáciles. Cuidate, Alma.

Ella no llega a decir nada, solo lo mira. Jorge cierra la puerta, el taxi arranca. Antes, mientras se despedían, dejó caer el celular que le había robado dentro de su cartera. Es la primera vez que usa la rapidez de sus dedos a la inversa. Para poner en vez de sacar.

Alma

Alma se acomoda en el taxi y gira la cabeza, pero el tipo ya no está. Todo fue tan raro. ¿Quién era? ¿Qué quiso decirle al final? Está dándole vueltas al diálogo cuando recuerda a su hermana y se da cuenta de que pasó mucho tiempo desde su mensaje desesperado: Celeste tiene que haberlo visto y debe estar asustadísima. Saca su celular del bolsillo e intenta encenderlo. Milagrosamente el aparato revive unos segundos, los suficientes para ver que tiene dos mensajes. Uno, por supuesto, de Celeste, que le pregunta dónde está, qué pasa, por qué no contesta. El otro es de Matías.

Hermosa, se me hizo tardísimo y recién veo tus llamados. ¿Todo bien? Estoy muerto, ¿lo dejamos para mañana?

Apenas termina de leerlo cuando el celular se apaga otra vez y no vuelve a encender. Alma piensa que no bien entre a su casa va a llamar a Celeste para contarle todo. A Matías, en cambio, no piensa contestarle. Ni hoy ni nunca. Lentamente está incorporando lo que en estos últimos meses no quiso ver, lo que sus amigas le gritaban, lo que seguramente estaba a la vista. A él ella nunca le

importó demasiado, ni antes ni ahora, ni siquiera para molestarse ante sus pedidos de auxilio. Es un boludo, se dice, ha estado enamorada de un boludo y, aun reconociéndolo, no deja de doler. Lo siente en el cuerpo, una sensación contundente. Es como si hubiera tragado algo que no ha terminado de pasar, algo que está ahí, entre el pecho y el estómago.

Todavía tiene el celular muerto en sus manos. Cuando lo guarda en la cartera su mano se topa con algo. Otro teléfono. Rarísimo, ¿qué hace ahí? Lo saca y lo observa unos segundos. Al darlo vuelta el corazón se le encoge. Hay dos stickers, de Lisa Simpson y las Chicas Superpoderosas. Es su celular. Pero no, no puede ser, ¿cómo va a estar ahí su celular robado? Lo desbloquea con un suave movimiento hacia la izquierda (nunca le puso una clave) y ve sus mensajes abiertos, los que envió un rato atrás. Sí, es el suyo. ¿Cómo es posible?

Es tan fuerte el shock que hasta logra olvidarse un rato de Matías. La cabeza le está dando vueltas, como si hubiera tomado. Por un instante piensa que está loca, que su celular siempre estuvo allí, que el robo nunca existió. Pero no, razona, eso no es posible. Tenía la mochila cuando se lo robaron, lo estaba usando y un momento después no lo tenía más.

Alguien se lo devolvió. ¿Quién? Es en ese instante cuando en la cabeza de Alma se superponen dos imágenes. El ladrón y Alejandro. Y aunque es diferente el pelo sin el gel, el aspecto sin el saco y la corbata, puede ser,

puede ser. Es tal la sorpresa del descubrimiento que Alma no puede evitar lanzar una suerte de gemido. Nota que el taxista la mira por el espejo retrovisor.

—¿Te pasa algo?

—No, no, todo bien.

Pero nada está bien, su cabeza es un revoltijo. ¿Cómo la encontró el tipo? Vuelve a mirar el celular, los mensajes, su correo, y de pronto todo cierra. Con la comprensión llega la furia. La estuvo espiando. Le gustaría bajarse del taxi y correr a buscarlo, gritarle que está loco, que quién se cree que es. Pero sabe que no es posible, ya debe estar muy lejos.

A medida que el coche avanza por la ciudad, la historia se va asentando en su interior y Alma empieza a relajarse. Su cuerpo se afloja en el asiento. Al fin y al cabo, piensa, hay otra forma de ver las cosas. El tipo la espió pero fue en su rescate. Se preocupó por buscarla, le dio una trompada a Quiang y la sacó de ahí. En verdad, se siente agradecida. Encima le devolvió su celular. ¿Por qué lo hizo? Es una historia tan extraña.

Piensa en cómo va a contarla. A Celeste, por ejemplo. Puede imaginarse su cara al oírla, la sorpresa, el susto, el tono de reto que tendrá cuando le diga que no debió ir a ese lugar ni meterse con un tarado como Matías. Sabe también que le va a preguntar por el amigo de Santiago, el que pidió su teléfono, y que va a fruncir la nariz cuando ella le diga que no se lo dé. Aunque, considera ahora, ¿por qué no? A fin de cuentas, ¿qué pierde?

—¿Te dejo acá?

Alma se da cuenta de que están en la esquina de su casa.

—Sí, sí, ¿no le debo nada, no?

—No, tu amigo ya pagó.

Mientras se baja saca las llaves de su cartera. Está planificando lo que vendrá, la charla que tendrá con sus padres sobre Quiang. Tiene que ser clara y contundente, eso no va más. Pero mientras sube en el ascensor y se mira en el espejo —su cara, observa, refleja el cansancio feroz que siente— sus pensamientos vuelven por un instante al tipo. Ya no queda nada de la furia anterior, aunque no sabría poner en palabras lo que siente. Pero es algo bueno, algo cálido. Una inesperada cercanía. Y se pregunta si volverá a verlo. Recién entonces recuerda la frase.

Quizás en el tren.

Agradecimientos

Durante la creación de esta novela surgieron muchas preguntas sobre la vida de la comunidad china en Argentina. Quiero agradecer a Ana Kuo Szu-Chia, de la Asociación Cultural Chino Argentina, quien con paciencia y generosidad contestó cada una de las inquietudes surgidas. También a las hermanas Emilia y Eliana Ho y a Gustavo Ng, que enriquecieron con sus historias el retrato de este mundo.

Andrea Ferrari

Por mi parte debería agradecer a las tres personas que, en diferentes momentos de mi vida, me robaron el celular (sí, me pasó tres veces). Escribir es una buena excusa para transformar lo que nos sucede en inspiración.

Martín Blasco

ISBN 978-950-46-5505-3



9

789504

655053

Alma –o Jiang Li para su familia– tiene diecisiete años. Vive en el barrio chino de Buenos Aires, acaba de enfrentar una mala experiencia amorosa y se siente sola. Jorge tiene treinta años, roba celulares en los trenes y tampoco pasa por su mejor momento. En apariencia no tienen nada que ver. Pero se cruzan. Una vez y otra vez.

Una novela a dos voces sobre las posibilidades perdidas y encontradas o lo que pasa cuando pensamos que nada está pasando.

www.loqueleo.santillana.com

loqueleo

 SANTILLANA